REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica **1935** Sábado 25 de Mayo | Núm. 20

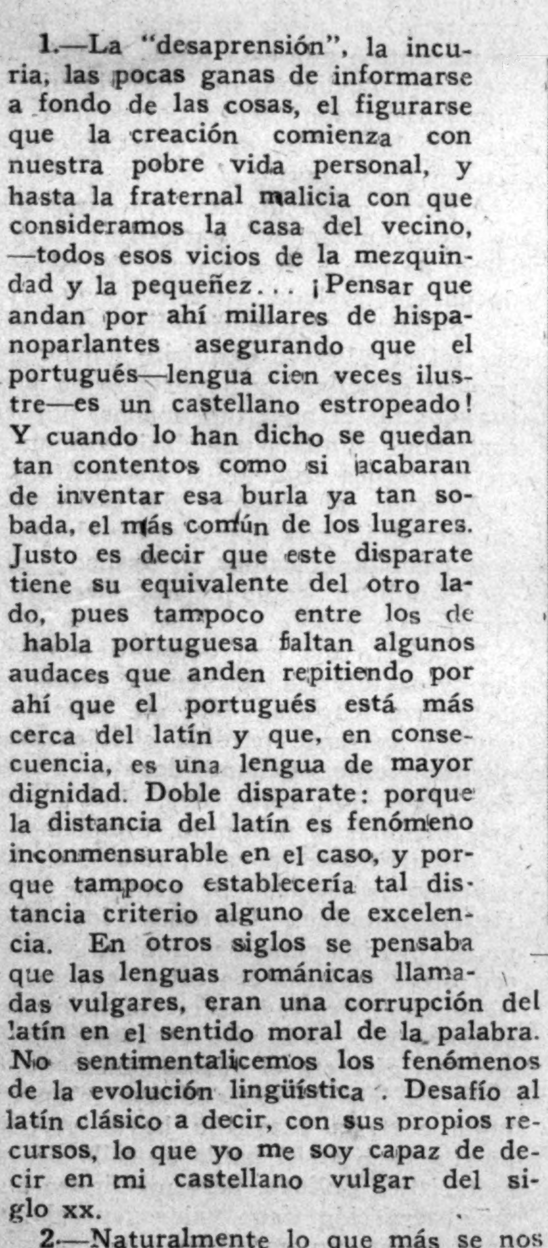
Año XVI—No. 732

SUMARIO

Aduana lingüística

Por ALFONSO REYES

= *De Literatura.*—Río, junio de 1933 =



1.—La "desaprensión", la incuria, las pocas ganas de informarse a fondo de las cosas, el figurarse que la creación comienza con nuestra pobre vida personal, y hasta la fraternal malicia con que consideramos la casa del vecino, —todos esos vicios de la mezquindad y la pequeñez... ¡Pensar que andan por ahí millares de hispanoparlantes asegurando que el portugués—lengua cien veces ilustre—es un castellano estropeado! Y cuando lo han dicho se quedan tan contentos como si acabaran de inventar esa burla ya tan sobada, el más común de los lugares. Justo es decir que este disparate tiene su equivalente del otro lado, pues tampoco entre los de habla portuguesa faltan algunos audaces que anden repitiendo por ahí que el portugués está más cerca del latín y que, en consecuencia, es una lengua de mayor dignidad. Doble disparate: porque la distancia del latín es fenómeno inconmensurable en el caso, y porque tampoco establecería tal distancia criterio alguno de excelencia. En otros siglos se pensaba que las lenguas románicas llamadas vulgares, eran una corrupción del latín en el sentido moral de la palabra. No sentimentalicemos los fenómenos de la evolución lingüística. Desafío al latín clásico a decir, con sus propios recursos, lo que yo me soy capaz de decir en mi castellano vulgar del siglo xx.

2.—Naturalmente lo que más se nos parece es lo que más nos choca en sus diferencias. Y el choque puede llegar hasta el sentimiento de lo grotesco. Pero este sentimiento es igual y es igualmente legítimo del lado castellano y del portugués. Acontece aquí algo parecido a lo que acontece con la canturía o sonsonete de cada región.—"Los mexicanos—dice, por ejemplo, el argentino—tienen un "cantito" al hablar".— Pero lo mismo dirá el mexicano de los argentinos, y los dos con igual razón. No hay habla neutra. Todos cantamos, sino que ya sólo sentimos la canción extraña y no la nuestra, que se nos borra como un perfume habitual. Y tan legítimas todas. Es lo de la paja y la viga en el ojo: oímos la tonada en la voz ajena, y no la sinfonía en la propia. — Pues de modo semejante hallamos chistosos o antipáticos (según el temperamento de cada cual) esos cambios de acento entre el castellano y el portugués: **imbécil-imbecíl, farmácia-farmacía;** o esos cambios de significación que parecen hechos de propósito para desconcertarnos: **barata** por **cucaracha** o **corredera, basura** por **escoba, escoba** por **cepillo,** y otros más que pudieron amargar la vida en el Brasil a cierto prohombre de Panamá. El cual se apellidaba—y para colmo, con teiteración de doble apellido—de un modo parecido a Bastos y que aquí ni siquiera puede nombrarse.

Porque éste es el mayor escollo: las palabras usuales en una de las dos lenguas, que en otra resultan vitandas. Consejo a la Dirección del Turismo: a todo viajero de lengua española que desembarque en un puerto de habla portuguesa entréguesele un cartoncito con la lista de palabras iguales a las palabras castellanas, pero que en portugués significan otra cosa, y en el caso de significados indecentes, póngase una crucecita roja, como para el nombre hispano-americano del **mao-mao.**

La verdad es que dentro del solo orbe castellano pudiera hacerse algo parecido. ¿Qué puede entender el sombrerero español si el viajero argentino le pide un **ranchito** (sombrero de paja)? Pues, y el pánico en un salón argentino cuando un español llama al **nácar** por su castizo nombre de **concha?** Y el adjetivo que aplica una señora argentina a la falda arrugada, ese adjetivo abominable que empieza con **ch?** No lo oigan mis castos oídos mexicanos! El mexicano, por su parte, no puede pedir en la Argentina una caja de cigarrillos con el diminutivo habitual



Glosas en Alfonso Reyes

Por FRANCISCO VALDES

= *Envío del autor.*—Don Benito (Badajoz). España =

"Calendario": libro pequeño

No se quiere hacer aquí el elogio del libro pequeño, como el Arcipreste le propagó de las mujeres chicas: restañando sus ardides sensuales, y pregonándolas como mal menor:

Del mal, tomar lo menos, dícele el sabidor;
por ende, de las mujeres, la mejor es la menor.

El libro pequeño puede no ser la joya literaria, pero es la joya de la tipografía. Eso de que en un bolsillín pueda seguir nuestros pasos sin borrar la línea de la americana, y en todo sitio ser nuestro confidente, es ya una prenda de calidad.

(Pasa a la página 307)

en nuestra tierra, ni menos mencionar nuestro clásico dulce-de-leche de Celaya. Und so weiter...

El hispanoparlante cree convencerse a primera vista de que ciertas palabras portuguesas son términos españoles mal usados adrede: **grade** por **reja** o **cancela, escaler** por **bote** o **lancha, vidro** por **frasco, xingar** (ya lo solté por fin) por **denostar** o **injuriar,** y aun el galicismo **paletó,** que entre nosotros es un abrigo y entre ellos es un saco, chaqueta, americana o como se llame. Pero ellos tendrían igual derecho a acusarnos a nosotros de que trocamos adrede los significados. Hagamos de cuenta que el demiurgo de las lenguas ibéricas contaba con expresiones y símbolos escasos, y, para tener un par de lenguas, a veces se limitó a cambiar los sentidos.

3.—Son muchos los peligros de la cercanía. Poseer a la vez, y poseer a la perfección, cuatro lenguas afines y que se perturban entre sí y aun atajan el aprendizaje por lo mismo que se entreadivinan, como el portugués, el castellano, el italiano y el catalán, yo lo reputo por la mayor acrobacia lingüística. Junto a esto, me río del árabe que habla alemán o del malgacho que traduce a Góngora, como mi amigo el poeta Rabearivelo. Aquello sería, al pie de la metáfora, tan sutil como partir un cabello en cuatro.

4.—Lengua cien veces ilustre la portuguesa. Ilustre por ser la expresión de una grande epopeya histórica que dejó sus huellas en todo el mundo conocido, y todavía supo abrir nuevos caminos al esfuerzo humano. Navegación y descubrimiento, civilización y conquista: tales las hazañas del pecho siempre invicto lusitano. Con razón descubre Valéry Larbaud este rastro real en el testimonio de las palabras suntuarias, las que designan objetos de lujo y cosas preciosas. Lengua también ilustre por sus tesoros literarios, madruga a cristalizar las formas de la lírica independiente en la Península Ibérica, cuando todavía no se atrevía con ellas nuestro castellano central. El mismo rey Don Alfonso el Sabio, que da su unidad a la prosa castellana, tiene que pasarse a la otra lengua vecina, al galaico-portugués de los trovadores, cuando se ensaya en los metros líricos para cantar los loores de Santa María. El que ama de veras la lengua castellana tiene que amar a la vez la lengua portuguesa. Ambas se fertilizan la una por la otra, y mutuamente se acarician y halagan. Yo me complazco en citar siempre que puedo el consejo del purista Estébanez Calderón al joven escritor y diplomático Juan Valera:

"Y a propósito le diré, si es que ya no ha caído en ello, lo útil que nos es la lectura de los buenos prosadores portugueses. Los **lusismos** sientan maravillosamente a nuestra lengua: son frutos de dos ramas de un propio tronco, que se ingieren recíprocamente para salir con nueva savia y no desmentido sabor".

La luz del latín cae y se refracta en los dos prismas. Ambos efectos de refracción, conjugados, comparados, nos ayudan a mejor percibir el primitivo sabor latino, que a veces el uso ha desgastado. Y las palabras como que se enriquecen en este juego.

5.—Dos testimonios sobre el aprendizaje de una lengua: uno, aquellos ensayos de Mark Twain sobre **El italiano sin maestro,** chistosa descripción de las tribulaciones de un angloamericano entre la abundancia de nuestras formas verbales: otro, más reciente y de mejor calidad para mi gusto, los **Divertimientos filológicos** de Valéry Larbaud, cuando se entregó solo, en Lisboa, a la entretenida tarea de pasarse del francés al portugués, apuntalándose un poco con el latín y un mucho con el castellano. "Esta ciencia, esta lengua —dice—la he aprendido como se obtiene el amor de una mujer". Y nos va relatando, punto por punto, su sabrosa aventura: "Yo era todo ojos y todos oídos, todo atención y respeto, consciente de habérmelas con los elementos de uno de los grandes idiomas literarios, con un vocabulario y una sintaxis glorificados por algunos de los más grandes poetas, dramaturgos y prosistas del Occidente". Si todos llegaran al portugués con igual inteligencia de amor!

Tipo del error iberoamericano en política y en todo: el platense medio (no el erudito)—aunque dispuesto a confesar sus italianismos, porque, viniendo de Europa, le parecen menos humillantes—difícilmente reconoce y acepta el que se le hayan deslizado, frontera adentro, algunos brasileñismos en el habla corriente. Y la recíproca es igualmente verdadera, y en igual grado lamentable.

6.—A veces—y aquí está el toque de perfección — las diferencias milimétricas en los significados secundarios son las que dan a la frase su atmósfera castellana o portuguesa. Yo puedo decir en ambas lenguas: "La juventud universitaria, en plena mocedad..." Pero se me antoja que esta forma es más directa e inmediatamente castellana, y que la correspondiente portuguesa sería más bien: "La mocedad universitaria, en plena juventud..."

A veces, apoyando más acá o más allá en las connotaciones accesorias, la palabra, de una a otra lengua, de tal modo parece trasladar su sentido que viene, prácticamente, a significar otra cosa: tal el adjetivo **exquisito**, encomiástico en castellano y peyorativo en portugués; tal el adverbio **apenas,** que en castellano significa una dosis mínima y en portugués equivale a **solamente**.

A veces, al traducir del portugués, os encontráis con una cosecha de palabras castellanas caídas en desuso o poco difundidas, como **curuja** (lechuza), **virazón** (brisa).

7.—Cierto día creí descubrir una de las leyes diferenciales en la evolución de ambas lenguas. No me refiero a aquella aparente pérdida silábica (**caliente-quente, doliente-doente, vuelo-voo, dolor-dor, color-cor**), sino a algo más medular y profundo. Simplemente al discurrir por la calle, reparé en las expresiones usadas por gente de apariencia humilde. Cerrando los ojos, yo, en mi imaginación, hubiera vestido con otros trajes a los interlocutores y les hubiera prestado otra condición social superior. (Ignoro si el portugués europeo ofrecerá el mismo fenómeno, y nada tendría de extraño que la inimitable cortesía brasileña haya impreso poco a poco en el habla su sello de característica pulidez, pero me figuro que mi observación tiene valor general). A poco andar, un vendedor pregonaba, a voz en cuello: "¡Sorbetes de diversas cualidades!", frase que en las calles de Madrid casi sería recibida con silbidos por alambicada y compuesta. El vendedor, en la metrópoli de la lengua hispánica, hubiera procurado, al contrario, alardear de plebeyismo y escoger la expresión y el tono más de la media-calle: "¡Heláos, de tóos ellos!", o algo parecido. Y recordé que aun la gente mexicana, recién llegada de su solar, hace sonreír un poco a los madrileños por aquella su manerita que resulta.

comparativamente, algo escogida y redicha; por aquella preferencia del término sabio que hace a muchos de nosotros decir: **localizar a Fulano**, en vez de: **encontrar a Fulano**; por aquella pronunciación meticulosa de las consonantes acumuladas. (El mexicano tiende a decir con todas sus letras: **perfecto**, donde el español, tiende a decir: **perfeto**, y dice: **exacto** donde éste dice: **esato**). Tal parece que, mientras el castellano central va lanzado hacia el popularismo, el portugués se concentra hacia los cultismos y formas escolares.—No quiero sacar conclusiones sobre si hay evolución ascendente o descendente. Unos pensarán que el popularismo es vida y el cultismo agonía; otros pensarán, al contrario, que la lengua se regenera y vitaliza por la cultura, y se pierde y borra en el abandono callejero. — Tampoco quiero sacar de aquí fáciles metáforas políticas, de que desconfío por lo fáciles.—En rigor no quiero concluír nada. Sólo quise pasear un poco por esta frontera de las lenguas, donde—como en todas las fronteras—aprendemos a perdonar y a pedir perdón; es decir: a entender.

Glosas de Alfonso...

(Viene de la primera página)

El libro de gran tamaño impone. Es un inmueble. No puede salir de encierro a refrescarse con el aire zumbón de la calle ni con la brisa tónica de la campiña. Y cuando por deber universitario o académico ha de ruar bajo el brazo del escolar o del erudito, va recogiendo tras sí la mirada con sorna y la risa burlona del "ciudadano" que hoy se caracteriza por leer sólo periódicos.

Ata, entorpece, emparedа y marea al portador el libro grande. Respecto a su estética, es bien de notar que únicamente en la vitrina del museo, del archivo o la exposición pueden percibirse sus cualidades de belleza. Allí están en su punto—en su único punto—. Sacados de su escondrijo se desvanecen y anulan. Y con relación a su fondo, a su esencial contenido, ¿cuántos libros grandes resisten la atenta mirada del lector desinteresado, de ese lector que solamente le guía, al doblar la página, la emoción espiritual de belleza pura y aislada?

Dice Alfonso Reyes que le confesó Valéry-Larbaud—el entendido amador de las letras hispanas—preferir a todos los deportes el de abrir con una plegadera los libros nuevos. Tal fruición deportiva convirtiérase en carga mecanizada si, en lugar de abrir esas 200 ágiles páginas en octavo—y luego otras y otras—, se tuviera que manejar la plegadera en un infolio desmesurado que contuviera las "obras completas" de cualquier autor querido. Entonces, nuestro regusto se trocaría casi en tarea de menestral de notaría.

Yo acaricio en este instante—con los ojos y con el tacto—**Calendario**, de Alfonso Reyes. 180 páginas 9×13. Uno de los cien ejemplares en papel de hilo. Seis secciones. Un dibujo de Moreno Villa. Sencilla y limpia encuadernación a la holandesa—piel azulenca—. Fué organizado en 1923, cuando el diplomático mejicano hispanizaba en Madrid. Y pertenece a aquella colección, interrumpida, de **Cuadernos literarios**, que hacían Canedo y Moreno Villa. Yo le acaricio con cariño entre mis manos. Y por el interior, con la sonrisa fresca de mi espíritu.

Monterrey

Sentó sus pies diplomáticos Alfonso Reyes en Madrid al comienzo de la Guerra Europea. Unos diez años le bastaron para informarse de nuestros clásicos y de nuestros modernos. Dejó rastro y huella de entendido en nuestro solar belicoso sin combate de armas. Aquí tiró esas gaoneras al buen Góngora del **Polifemo**, que ya parece va dejando de ser un mito inentendido y una banderola enarbolada por la pedantería vanguardista. Hizo libros Alfonso Reyes en los que insufló ideas y aspectos originales en una prosa angulosa, sin recamos exteriores, pero con musicalidades internas. Quizá demasiado hueso; acaso escasez de carne. Hueso marfilino y carne fofa. Como Quevedo y Gracián.

Si se va borrando su estela periodística es por ser España el secante de todo lo que no esté enlazado con el altavoz pueril mitinesco. Aportó emociones de cultura americana: escogidas y grávidas. A Ruiz de Alarcón le puso en candelero. De Europa nos importó cosecha de selección y alacridad. Tuvo tiempo para traducir a Chesterton. Excelente "cazador" — y catador — de piezas europeas—europeas en el mejor sentido, no en ese del filisteo deslumbrado—. Luego, Alfonso Reyes marchó a París: a ejercer su cargo, subido un escalón. Más tarde, en Río de Janeiro.

En la bella ciudad brasileña continuó desperezando la sensibilidad el diplomático mejicano: probidad y exquisitez. Un nombre de azúcar y acerolas: **Rua das Laranjeiras.** En un número de la calle, el correo literario de Alfonso Reyes, con su nombre de señorío español: **Monterrey.** Desde sus páginas de **akademos** se iba rellenando en panal humanista, de un humanismo al estilo de Paul Valéry o Eugenio D'Ors. La ventana abierta al mundo, que es como decir al infinito. El espíritu amplio, pero sometido a normas. La curiosidad electrificada. Erudición, física y metafísica. Y, sobre todo, esa atenta vigilancia — cortesanía — a la amistad literaria, lejana o cercana, que se le tiende o le busca con pureza, confianza e interés.

¡**Monterrey**! Aparecía con una fruición de que en sus páginas salieran o entraran resonancias de cultura y afabilidad. Vivió para sostener el fuego sagrado de amistosa vida intelectual. Fué el abrazo entre una luminosa bahía americana y este crustáceo europeo tan alejado de las brisas marinas que tanto orean en renovación y juventud. ¡Europa está sedienta de amplitud de mar! Y así, sin bañarse apenas en horizonte marino, agoniza en un "cementerio terrestre"

Cruzados co **Monterrey** salían esos volúmenes elegantes de las prensas brasileiras que Alfonso Reyes ordenaba con pulcritud. **Horas en Burgos**, **La saeta**, con ilustraciones de Moreno Villa, en homenaje y recuerdo a España. Recientemente, **Tren de ondas**, ya brisado en universalidad de temas. Nombre de acierto, no sólo para el volumen, sino para alcanzar la obra totalitaria de Alfonso Reyes, que ella es, firmemente, eso: un tren de ondas.

Silencio y timidez

Tema enorme para estos días tan habladores y gritantes. Turbión de voces. Y mientras más se lancen al viento de todos los cuadrantes, mejor serán sepultas en el vacío y menos sustancia de alma tendrán. ¡Silencio!

En la cuarta serie de **Simpatías y diferencias** (yo le edi cesión del título, allá en Río de Janeiro, para colocarla sobre mis escarceos literarios) habla Alfonso Reyes de la timidez de **Azorín**. Concentrado, curioso, tímido. Apenas habla. Escribe Alfonso Reyes sus notas de cala en 1915. Se acaba de publicar por la Residencia de Estudiantes **Al margen de los clásicos y El licenciado Vidriera.** Dos claros, finos, breves, íntimos libros de **Azorín**. Dos volúmenes de timidez y de silencio. Porque estaréis sedientos de recoger, con vuestro oído de poesía, la sublime sonoridad de ese silencio de encalmo y transparencia.

Hemos de alejarnos del vozarrón de la vida encrespada y maldiciente. Del trueno de "las luchas por la vida", para avecindarse—al menos una temporada de vacación—en la calma de "la lucha por el cielo". **Azorín** "fué" un fecundo silencioso. Enmudecía por timidez, pero él, más tarde—y siempre—, nimbado por su silencio, alquitaraba esencia, jugo, ambrosía de sensibilidad.

También se me asocia lo que Alfonso Reyes ha dicho después sobre "los callados" en **Tren de ondas**, y lo que cuenta el obispo de Puebla de los Angeles, en el xvii sobre el mutismo de los indios mejicanos, en contraposición a la garrulería de los Casanovas. ¿Habrá que ir a buscar lo más augustamente refinado entre las culturas salvajes, en los países que aun pisan las uvas para destilar el buen licor?

Encuentro en Anahuac

Conservo una Biblia latina, con grabados en boj, nutrida de anotaciones por mi bisabuelo, en un volumen en octavo abultado, a dos columnas la impresión tupida de sus páginas, ya tostadas por el tiempo. Cubiertas de pergamino rugoso. Lectura apretada. Pocos libros más se conservan de aquella biblioteca que fué la mitad de la vida de un letrado provinciano, hace ya cien años, que sabía mucho de griego y otro tanto de inglés.

Uno que se salvara del "naufragio" es la **Historia y santos de Medellín**, que escribe en 1545, don Juan Solano de Figueroa y Altamirano, arcipreste de la villa, y que, más tarde, escalada la Penitenciaría del Cabildo pacense, había de componer su minnuciosa **Historia eclesiástica de la ciudad y Obispado de Badajoz:** fuente abundosa de erudición extremeña.

Al frente de sus cohortes y alas acudió Metelo Pío, ya encanecido, soldado de su Roma republicana, a esta loma de tierra lusitana, para establecer un **castrum**. Se tratrataba de vencer al rebelde Sertorio hispanizado. Consultados los auspicios, el toro y la vaca comenzaron a tirar del arado, cuya reja fué señalando la tierra "colonial", al poco repartida en lotes cuadrilongos entre los legionarios y los auxiliares.

Un cerro se asentaba en la parte Norte del río Anas. En su cúspide el viejo pretor y capitán construyó la fortaleza. Las casas, poco después, se desparramaron en la ladera del Mediodía hasta tocar las aguas ribereñas. Hoy el río lame al cerro por su lado Norte. ¿Ha variado la corriente? Pero esta duda puede ponerla en claro la ciencia hidrográfica para concordarla con la geografía. Si el río Anas era la divisoria entre las provincias Lusitania y Bética, la colonia metelina no podía ser lusitana, como afirma Plinio—autoridad de categoría—, de transcurrir las aguas de su cauce por donde hoy se deslizan con mansedumbre y fecundidad.

Quede ahí enhiesta la cuestión. El caso es que quince siglos y medio más tarde, en una de aquellas casas que ya eran feudo del Condado de los Portocarrero, nació "el ilustre y siempre valeroso, y afortunado capitán don Hernando Cortés y Monroy, marqués del Valle, caballero de la Orden de Santiago, conquistador de Nueva España, ornamento de su patria y honra de la nación española".

Y cuando tenía treinta y seis años, pudieron contemplar sus ojos la región más transparente del aire, ésa en la que el barón de Humbold "notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica": el valle de Anahuac, sede meridiaca del gran Moctezuma.

Aconteció el milagro. El albino Hernando Cortés logra entrar en la maravillosa ciudad lacustre, ya rendida. Y allí el encuentro. "Hemos de imaginar—nos refiere Alfonso Reyes—a Moctezuma cuando se adelanta a recibir a Cortés, apoyado en brazos de dos señores, a pie y por mitad de una ancha calle. Su cortejo, en larga procesión, camina tras él formando dos hileras, arrimado a los muros. Precédenle servidores, que extienden tapices a su paso".

Lo dice, lo cuenta, lo canta con tersas palabras precisas, de trenzado mejicano, en su **Visión de Anahuac**. Uno de sus primeros libros en España, prohijado por Juan Ramón para la Biblioteca Indice, de vida fugaz y melancólico recuerdo. Definición y concordia. Porque Alfonso Reyes es una muestra eficaz de ese lazo de hermandad que tienden las letras entre América y Europa.

Y una esencia estilística de ese logro, bien amasado, cuyos ingredientes son estos tres: clasicismo español, americanismo tradicional, hispanidad moderna, con su respiro —también—a Europa.

Senderos

= Envío del autor.—Ilustración de *F. Amighetti* =



Destino, nunca en mil años
Me has venido a buscar,
Sea cual fuere tu disfraz:
Gloria, mujer o cantar.
Al borde del sendero de mi vida,
El Destino se ha puesto a esperar.

—Alado corcel que brega,
Que brega por salir al mar
Sin rumbo cierto ni horizonte estelar—
Mi vida busca un albergue de infinito
Donde poder soñar.
Mas temeroso de mi sino
No me atrevo la brida a refrenar.

Ensortijada en la queja de los pinos
—Que es caricia del viento
En escala lunar—
Me llega una voz de mujer
Que me invita a meditar.
(Un pino al alargar su sombra
Me detiene al pasar.
Un pino solitario
Que era atalaya del pinar).

Al borde del sendero de mi vida,
Ya el Destino se cansa de esperar.
Desmonto y bajo a tierra
—Tierra firme de realidad—
Y por primera vez en mil años
Nos hemos puesto a pactar.

Enrique Macaya Lahmann

San José, Costa Rica, 1935.

Errata

En la poesía número **2** de las que publicamos de F. Amighetti en el número pasado, hay un verso que dice:

la copa como leche se riega en su regazo

debe leerse:

la ropa como leche se riega en su regazo

Izquierda y progreso

Por SALVADOR DE MADARIAGA

= De *Ahora*.—Madrid. =

No porque un error nos agrade deja de ser error; no porque una realidad nos estropee la imagen que nos hemos forjado de la vida deja de ser realidad. Pero aquel que por su profesión tiene influencia alguna, directa o indirecta, sobre la opinión pública está obligado a hacer periódicamente examen de conciencia y de inteligencia para averiguar si sus ideas siguen coincidiendo con sus opiniones y sus opiniones con sus actos. Entre los españoles de tendencias generosas y liberales viene imperando hace un siglo una ideología inspirada en la imagen del progreso, un progreso en línea recta, cuya vanguardia es la "izquierda", cara a la luz, llevando a remolque a una terca "derecha" que vuelve los ojos a un pasado de obscuridad. Y no cabe duda de que, como primera aproximación, esta imagen podría servir para simbolizar sin excesiva sutileza los hechos del siglo XIX español; pero tampoco cabe duda de que esta imagen es inexacta —y cada vez más inexacta—, hasta haber llegado a ser peligrosa.

Izquierda y derecha son posiciones extremas y dogmáticas. Como tales, no representan ninguna relación adecuada entre la política y la realidad española, y sólo son pasión activa y militante en cuanto a su extremismo y pasión intelectualizada en cuanto a su dogmatismo. La realidad no se pliega ni a extremos ni a dogmas; es varia, cambiante, elástica, siempre inesperada, y no se entrega más que al que está dispuesto a comprenderla a ella, sea como sea, y no a imponerle a ella una supra-realidad dogmática a una infra-realidad pasional. Ni como interpretación de la vida política universal ni como interpretación de la política española puede, pues, aceptarse la imagen de una izquierda generosa, abierta, libre y progresiva frente a una derecha egoísta, estrecha, cerril y reaccionaria.

Por muy altruistas y elevadas que sean las nociones que inspiran a tales o cuales líderes de la izquierda —y suelen serlo más en los líderes del pensamiento que en los de la acción, por intervenir en el caso de estos últimos el temor demagógico de descontentar al pueblo—, el hecho vivo, la realidad palpitante es que las izquierdas se mueven por un egoísmo de clase idéntico al que obscurece la visión de las derechas; que sus credos y dogmas, mezcla de idealismo y dogmatismo, difieren en su color, mas no en su contextura, de los credos y dogmas de la derecha; que su disciplina de iglesia política y su tufillo de sacristía se parecen a la disciplina de la iglesia de la derecha y al tufillo de la sacristía de la derecha como un objeto a su imagen; que su tendencia a la excomunión en tan vigorosa como la que se explica, por razones históricas y dogmáticas, en los clericales; que, en suma, la izquierda no es más que una imagen de la derecha, una figura simétrica que la reproduce con toda fidelidad, aunque, claro está, en actitud contraria.

Sin duda alguna, al orientar sus esfuerzos hacia la elevación del nivel de vida del pueblo, la izquierda tiene ante nosotros todos, hombres sin prejuicio y de buen corazón, una posición más simpática que una derecha que, en lo económico, defiende los intereses de los ricos; pero conviene distinguir entre un artículo de programa y una posición integral y dogmática sobre el modo de resolver no ya el problema concreto que tal artículo plantea, sino el conjunto del problema del Estado, sobre el cual se erige una teoría política "ne varietur". Y conviene, además, tener muy en cuenta que al cuadro general de la semejanza entre izquierdas y derechas, nuestra idiosincrasia española viene a añadir rasgos especiales que nos obligan a sopesar cuidadosamente las consecuencias que para España pudiera tener todo izquierdismo irreflexivo.

En último término, el problema permanente de España estriba en desarrollar las tendencias colectivas de una raza que, por su individualismo, por su austeridad, por su sobriedad y desnudez, parece hija del desierto. Lo primero que impresiona al que contempla a nuestra España es esta espléndida, pero terrible desnudez de alma, que la centra en las cosas esenciales, pero que la aisla del tejido conjuntivo de toda vida social y, por decirlo así, cotidiana. La cumbre de esta tendencia está en San Juan de la Cruz, que por ella llegó a la unión divina:

Si quieres tenerlo todo, no habrás de
tener nada;
Si quieres comprenderlo todo, no habrás
de comprender nada...

Es el "nadismo" integral. También se cantó en los tablados:

Por el mismo rey del moro
no me cambiaba yo,
que no tengo na
y lo tengo to.

El santo y el tanguista se encuentran en un abrazo que ni al uno ni al otro sorprenderían, aunque quizá ofusque a tal o cual beato. Pero no todas las formas de nuestra tendencia nadista son tan perfectas y tan altas como la de San Juan de la Cruz. En nuestra vida social corriente, esta tendencia es como una nube de langosta en un sembrado. Todo lo que es labor continua de cooperación no consigue cuajar. Las Asociaciones de estudio, de cultura, aun de recreo, son en cantidad, calidad y vigor muy inferiores a las de cualquier otro país comparable con el nuestro. El español medio permanece encerrado en la concha de su individualismo, inasequible a toda coordinación. Su máxima sociabilidad se manifiesta en el café, suma aritmética de monólogos incoordinados. Genial será el estadista —escultor de pueblo— que consiga realizar el gran milagro de España: la síntesis de los monólogos. En nuestra Patria no hay conversación.

Pues bien: en las tendencias izquierdistas —no se discute aquí de eso que llaman "ideas" y que son meros vehículos mentales para pasiones—, en las tendencias izquierdistas se oculta un "desertismo", una negación a todo lo social, lo coordinado, lo culto. El falso popularismo en el vestir, que lleva a tanto izquierdista (y a algún que otro derechista) a ir descuidado, es una de las manifestaciones de este desertismo. España es, por otra parte, el país en que el burgués "se viste" menos veces pa-

Derechas é izquierdas...

= De *El Sol*.—Madrid. =

¿Tiene todavía sentido esa distinción primaria, tan pobre de contenido en apariencia, que sus denominaciones han de tomarse intuitivamente del sitio en que se sientan los grupos parlamentarios con relación al presidente de la Cámara ?

Sí, tiene sentido todavía; lo tuvo y lo tendrá en lo por venir. Aunque parezca paradoja, la división primordial en dos campos contrapuestos subsiste y perdura precisamente porque carece de contenido; mejor dicho, porque los contenidos, las respectivas doctrinas, los programas concretos, no son fijos e inmutables, sino que pueden cambiar al compás de los tiempos.

No sólo pueden cambiar esos contenidos doctrinales y programáticos, sino que a veces hasta pasan de una a otra mano, invirtiéndose las posiciones. Así, por ejemplo, la llamada libertad de enseñanza, el servicio militar obligatorio, el voto femenino, etcétera, pueden figurar, variando las épocas o los países, ya en el ideario de las derechas, ya en el de las izquierdas según que en cada punto respondan al sentido esencial de unas u otras.

Pero con estos o aquellos contenidos, y aunque a veces se modifiquen y hasta se truequen, persisten siempre una conciencia de izquierda y una conciencia de derecha, cada una con su mentalidad propia inconfundible, y con su propio y peculiar estilo, y con su propia manera de reaccionar en la vida política.

Siempre hubo y siempre habrá hombres de izquierda y hombres de derecha; almas que sientan fuertemente un ímpetu emancipador y temperamentos apegados a la práctica cotidiana; hombres que conciben la existencia como un camino sin posada y hombres que encuentran mejor la posada que el camino; los que quieren avanzar y los que se hallan a gusto sentados; los que creen que vale más una verdad nueva que un error antiguo y los que por instinto desconfían de las nuevas verdades; los que buscan y anhelan y los que se figuran que ya lo han encontrado todo; naturalezas idealistas y naturalezas administrativas; gentes para quienes vivir es hacer y gentes para quienes vivir es poseer; hombres, en suma, que ven la política como creación y hombres que ven la política como dominio.

Luis de Zulueta

ra ir al teatro o para cenar. Y ello se debe, sin duda, en parte a pobreza y en parte también a indolencia; pero en parte, a incomprensión de la importancia de los ritos sociales, que nos lleva a mirar el "smoking" y el "frac" (ambas palabras, significativamente extranjeras) como ridículas frivolidades. Pues no lo son. El traje forma parte de las vestiduras y formas del rito social, de todo eso que los chinos clásicos, maestros de lo social, llamaban "la ceremonia". Contra todo eso, que es, al fin y al cabo, la flor de la cultura y la superficie de la civilización, la izquierda tiene instintos tan fuertes como peligrosos. Temamos siempre en España la tendencia a la africanización.

No. La imagen del progreso rectilíneo hacia la izquierda no nos sirve. Es falsa y peligrosa. El progreso político, moral y cultural de nuestro pueblo está en las medias tintas, en las complicaciones, en el equilibrio entre las fuerzas, en la vía media entre los extremos. Está en el centro. Está en la proa.

Estampas

Con los panameños de honor estamos

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración.*—Costa Rica y marzo del 35 =

No cesa en su denuncia el panameño que siente cómo lo va ahogando la garra del imperialismo yanqui. Los políticos son del imperialismo, forman la redada que lo acata y le sirve de ejecutor. Pero fuera de ellos existe la gente limpia de complicidades. Esa gente es activa y defiende su suelo de la condición de factoría que el Departamento de Estado le ha impuesto. Todos los intentos hechos desde 1903 para acá con el fin de someter mediante tratados esclavizadores la libertad panameña han fracasado. El imperialismo ha puesto su fuerza y su conocida astucia pero sin resultado. El Canal obliga a no reconocer limitaciones y entonces la invasión corre de Norte a Sur y de Este a Oeste. Panamá es para el imperialismo yanqui nada más que el territorio situado a ambos lados de un Canal que necesita todos los medios de defensa imaginables. De aquí que la condición del panameño sea desesperante. El imperialismo ha llegado a suponer que puede eliminarlo y cuando formula tratado que le extienda dominio en Panamá poca es la importancia que le da al panameño.

Pero el panameño siente vivamente el trato de factoría y como no está envilecido por la presencia brutal del yanqui, se le encara a éste y le habla como a igual suyo. Acaba de considerar que el tratado Hay-Bunau Varilla que dió a los Estados Unidos la propiedad de la faja del Canal es cosa que debe repudiar la nación entera. Ha reunido voluntades firmes para apoyar esta declaratoria pública: "Excitar al Poder Ejecutivo para que, revistiéndose de todo el fervor patriótico que exigen las solemnes circunstancias que nos rodean, proclame ante la faz del mundo la inexistencia del Tratado del Canal que o tratado Hay-Bunau Varilla, firmado el 18 de noviembre de 1903, que se declare rescindido en vista de las múltiples y recientes violaciones de ese pacto, por parte de los Estados Unidos".

A muchos hará sonreír la excitativa hecha a los políticos que tienen en su poder el mando, y más aun eso del fervor patriótico. Pero hay que suponer que es gente de un sector pacífico con una moderación que la hace ver en los hombres que gobiernan los encargados de dar un paso de esa trascendencia. Por lo mismo la actitud es reveladora del repudio que el panameño en general pone en su trato con el imperialismo yanqui. El Poder Ejecutivo que está atado al Departamento de Estado no irá a tomar formalmente la excitativa y posiblemente hasta se sentirá ofendido por ella. Sin embargo, queda como expresión de las aspiraciones de una generación ofendida por un sistema de conquista brutal.

Son hondas y sinceras las manifestaciones que hace el panameño contra el poder que metido en su suelo quiere acobardarlo para hacerlo su esclavo. El tratado que hoy se repudia en Panamá da a los Estados Unidos todo lo que quiso tener en una nación que necesitaba sumisa para sus planes de expansión. Pues a pesar de lo que allí se reservó y lo poco que dió, esto no lo cumple. Necesita más para guardar estratégicamente la obra del Canal. En tratados posteriores abarcó lo que dejó de pedir en 1903. Ha contado con la complicidad de los políticos para acomodar en las cláusulas de tales tratados cuanto le quedaba por exigir. Los políticos han consentido sin mayor esfuerzo y han traído a Panamá la redacción desgraciada que el yanqui impuso en innumerables cláusulas. Pero ninguno de esos tratados ha logrado hacer aprobar el Departamento de Estado. Siempre ha existido la conciencia colectiva que los conjura. Por esto en Panamá se piensa con honda simpatía.

Con el tratado aprobado o sin él la obra del Canal será perdurable, es cierto. No necesita el imperialismo que una nación minúscula esté o no de acuerdo con los planes de defensa de esa obra. Cuanto exija el Canal como construcción que ayudará a monopolizar un tráfico marítimo, y a decidir una o muchas guerras, lo tendrá los Estados Unidos. Si es más territorio a uno y otro lado de la faja canalera, pues la línea fronteriza se corre de Norte a Sur. Si es más zona marítima, igual cosa. Nada podrá detener por ningún motivo el resguardo de semejante obra.

¿Por qué entonces ese imperialismo busca la relación por medio del tratado? Para evitar el escándalo internacional. Panamá es víctima del Canal. Todo el esfuerzo que haga por librarse de la esclavitud que la tiene amenazada es esfuerzo para que el mundo ponga en ella sus ojos y la salve. El mundo anda preocupado y hasta temeroso de disgustar al imperialismo yanqui. No tiene hoy ayuda para la nación que la exige. Sin embargo, la expresión condenatoria del panameño será atendida. Este es el valor que tienen las constantes denuncias hechas contra los Estados Unidos por sus rapacidades en Panamá. Están señalando males y diciendo que no son cosa aislada,

La S. P. A. I. pide que Panamá declare recinddio el Tratado Hay-Bunau Varilla

Es la única alternativa que nos queda

= Envío de *Manuel Roy.*—Panamá, R. de P. =

La Sociedad Panameña de Acción Internacional

Considerando:

1º.—Que el Tratado Hay-Bunau Varilla o Tratado del Canal, suscrito en Washington, Estados Unidos, el 18 de noviembre de 1903, ha sido tachado de nulo por numerosos jurisconsultos nacionales y extranjeros, debido a los diferentes vicios de fondo y de forma de que adolece, reputándosele como un convenio inicuo nacido del fraude y de la coacción;

2º.—Que ese Tratado nunca ha sido sometido para su aprobación, a la Asamblea Nacional de Panamá, cuerpo llamado a considerarlo de conformidad con la Constitución Nacional;

3º.—Que la ciudadanía panameña ha venido protestando desde 1904, en que se puso en vigor dicha convención, debido a sus estipulaciones absurdas, abusivas y violatorias de los sagrados derechos de la Nacionalidad panameña, estipulaciones que se vienen interpretando en forma unilateral y arbitraria, afectándose así mayormente la condición de República libre y soberana de Panamá y sometiéndola a una postración económica que lesiona su bienestar y natural desenvolvimiento;

4º.—Que Panamá se ha esforzado, por negociaciones entabladas de 1923 a 1926 y de 1934 a 1935, en celebrar un nuevo pacto que abrogue y reemplace el de 1903 y que

(Pasa a la página siguiente)

porque el Canal como obra de pura explotación imperialista es el dominio extendido sobre una porción geográfica enorme. La faja resulta con el tiempo, pequeña y necesita más extensión. Para esto son los tratados periódicos formulados por el Departamento de Estado. El panameño siente la expansión, porque se realiza ostensiblemente, porque es dura y opresiva. El imperialismo no encuentra que a un lado y otro del Canal exista ninguna fuerza capaz de contenerlo. Pero en apariencia quiere hacer ver que sí reconoce una fuerza de nación pequeña. Es simple apariencia. Ni siquiera cumple el tratado que le dió la propiedad de la faja canalera. El panameño le señala las violaciones y lo acusa de rapaz. Le opone igualmente una fuerza moral grande.

Este poder moral es el que no ha podido el imperialismo yanqui matar en el panameño. Se sorprende de que aquello no sea todavía la factoría. Pero es que el panameño no está ciego ni perdido. Inmensa como es la penetración imperialista no ha podido borrar obstáculos en Panamá. Es claro que existe allí la casta de políticos que para vivir en disfrute del mando tiene que ser sumisa al Departamento de Estado y acuerda darle por medio de tratados cuantas ventajas exija. Pero no tiene esa casta todavía el poder suficiente para imponer las entregas que pacta. El espíritu de deliberación es fuerte en este país y organiza luchas que contienen atropellos.

La de hoy contra el inicuo tratado Hay-Bunau Varilla es digna de atención y de apoyo por parte de los países de nuestra América. No hay que suponer que los Estados Unidos están esperando la ocasión para abandonar lo que tienen conquistado en Panamá. Pero la denuncia y la acusación ayudan al panameño a defenderse de la iniquidad imperialista. Contra el tratado Hay-Bunau Varilla piden que se alce voz de combate. Pues a alzarla colectivamente. Lo que el panameño gane clamando contra ese tratado no será sólo para su bien, sino para el de todos estos pueblos. Cuanta mayor soberanía tenga Panamá, mayor será su defensa y su poder de lucha. Y el imperialismo necesita mucha fuerza combativa opuesta por los países que él avasalla. Sin esa fuerza no será contenido. Panamá está dando el ejemplo de una nación que no quiere convertirse en factoría yanqui. Es ejemplo consolador en esta hora de agresivo avance imperialista. Con Panamá deben estar los que sientan que el imperialismo yanqui es espantosa calamidad de la cual es urgente librarse a tiempo.

Un esfuerzo más en esta lucha a que tiene sometidos a nuestros países la invasión capitalista yanqui. No lo malogremos y ofrezcamos al panameño de honor nuestra solidaridad.

La S. P. A. I. pide que Panamá declare...

(Viene de la página anterior)

regule, en forma justa, las relaciones de los Estados Unidos con la República de Panamá con motivo de la construcción del Canal en territorio panameño, no habiéndose obtenido ningún resultado satisfactorio debido a que los Estados Unidos sobreponen siempre los intereses del Canal y de los Estados Unidos a los derechos vitales de la débil y pequeña República de Panamá;

5º.—Que en el proyecto de Tratado de 1926, que rechazó la Asamblea Nacional de Panamá, se estipulaba que "Ninguna parte del Tratado que se negocia ahora, debe entenderse en el sentido de que disminuye, restringe, modifica o lesiona los derechos adquiridos por los Estados Unidos en el Tratado de 1903", tesis egoista que sostuvo el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. Hughes, al expresar que su país estaba dispuésto a oir las sugestiones de Panamá tendientes a fomentar su prosperidad, "mediante el no ejercicio de los derechos acordados en el Tratado de 1903, derechos que, si embargo, se reservaba los Estados Unidos en vista de posibles exigencias del futuro";

6º.—Que la Asamblea Nacional de Panamá, por resolución Nº. 3, de 21 de enero de 1927, condenó oficialmente al negociador por Panamá del Tratado del Canal, el ciudadano francés Philippe Bunau Varilla, director y primer accionista de la Compañía francesa del Canal, encomendando su nombre al escarnio de los panameños y su persona a la execración y desprecio de la posteridad;

7º.—Que según declaraciones del 27 de marzo último, de los comisionados panameños encargados de las negociaciones en curso para un nuevo Tratado, "los avances realizados, en que se ha llegado a acuerdos particulares, quedan sujetos al acuerdo general que se persigue"; pero "cada una de las dos partes invoca necesidades, intereses y derechos que se hallan en conflicto con las necesidades, intereses y derechos que invoca la otra parte"; que ellos se esfuerzan por asegurar para Panamá "lo más esencial de las ventajas y beneficios a que tiene derecho por razón de su posición geográfica y que tienda a realzar su condición de Estado independiente y soberano y a acrecentar su prestigio internacional"—"sin comprometer la posición legal de Panamá, pues sostenemos ahora y sostendremos siempre los puntos de vista que la República de Panamá ha venido sosteniendo desde 1904".

8º.—Que los Estados Unidos han venido violando repetidamente el Tratado del Canal que Panamá viene soportando con protestas desde 1904, violaciones que han culminado con la negativa del derecho de libre tránsito por las vías de la Zona, que dicho Tratado reconoce a los panameños (Art. VI); negativa del derecho de Panamá a establecer aduanas y resguardos en los puertos de la Zona (Art. IX); negativa de los Estados Unidos a convocar la Comisión Mixta que dirima los reclamos pendientes contra dicho país por daños causados con motivo del Canal y sus obras auxiliares (Art. XI); y sobretodo, doble negativa a cumplir la obligación de los Estados Unidos de pagar la anualidad del Canal en monedas de oro (Art. XIV);

9º.—Que los Estados Unidos están dolosamente en mora de dos años en el pago de la mezquina anualidad de la Zona del Canal convenida en el Tratado de 1903;

10.—Que en Derecho Internacional, como en Derecho priavdo, la falta de cumplimiento de los tratados de prestaciones sucesivas y de los contratos, es causa de resción, máxime cuando se trata de convenciones viciadas de nulidad, como el Tratado Hay-Bunau Varilla o Tratado del Canal que se impuso a Panamá sin su libre consentimiento;

11.—Que el representante diplomático de Panamá en Washington acaba de declarar, después de entrevistarse con el Presidente F. D. Roosevelt, que Panamá quiere librarse del Tratado de 1903, porque es injusto, comparando la actitud de Panamá con la de Alemania, frente al Tratado de Versalles que ha repudiado oficialmente; y agregando que no se ha podido llegar a acuerdo sobre las cuestiones vitales para Panamá;

12.—Que los Estados Unidos continúan violando el Tratado de 1903, sin dar señales de enmienda, llegándose ya hasta a poner en venta licores y mercancías no autorizadas dentro de la Zona;

13.—Que la situación de Panamá es ya insostenible, pues se le desconocen todos sus derechos y se le arrebatan sus atributos esenciales, colocándosele en una situación de abatimiento y humillación que excluye la posibilidad de que tal situación pueda ser peor;

Resuelve:

1º.—Excitar al Poder Ejecutivo para que, revistiéndose de todo el fervor patriótico que exigen las solemnes circunstancias que nos rodean, proclame ante la faz del mundo la inexistencia del Tratado del Canal o Tratado Hay-Buanu Varilla, firmado el 18 de noviembre de 1903, que se declara rescindido en vista de las múltiples y recientes violaciones de ese pacto, por parte de los Estados Unidos;

2º.—Hacer un llamamiento a la ciudadanía, especialmente a las sucursales de esta Sociedad en todas las Provincias y a las entidades patrióticas restantes, para que acuerpen esta patriótica actitud del Poder Ejecutivo y le ofrezcan todo el apoyo que se juzgue necesario;

3º.—Recomendar al Poder Ejecutivo que se envíen representaciones a todos los Estados hermanos de América y a los principales países de Europa, para que expliquen a los Gobiernos y a los pueblos, los graves motivos que ha tenido la República de Panamá para dar un paso tan trascendental;

4º.—Recomendar al Poder Ejecutivo que se retiren los comisionados panameños de Washington y que se invite al Gobierno de los Estados Unidos a que envíe a Panamá una delegación de plenipotenciarios para celebrar un nuevo Tratado que regule de manera total y en forma justa nuestras relaciones con la potencia del Norte con motivo del Canal de Panamá, quedando las relaciones entre los dos países, mientras se negocia el nuevo pacto, sometidas a los principios y las reglas del Derecho Internacional.

Dado en Panamá, a los 26 días del mes de abril de 1935.

El Presidente, **J. Rivera Reyes.**
El primer vicepresidente, **Manuel Roy**
El segundo vicepresidente, **M. E. Melo.**
El tesorero, **Cecilio Moreno.**
El secretario, **Juan Arosemena Q.**

Una imagen de Hugo

Por ADOLFO SALAZAR

= De *El Sol*.—Madrid. =

El siglo xx, hijo del siglo xix, no ha faltado a la regla según la cual el heredero que siente hervores geniales debe peinarse un tupé arrogante, ha de levantar la nariz en el aire con insolencia y procede a regenar la herencia paterna, cuyos fundamentos le parecen más deleznables que sus frutos.

Ha de renegar en el café, se entiende; en la fervorosa tertulia. No ante notario. El hijo de familia vuelve siempre al redil cuando llega la hora del reparto. Así se encuentra que si había dilapidado la honra, le queda a lo menos el bien administrado provecho. Viene la reconciliación tras del arrepentimiento. La familia se reúne contrita en el acto de los solemnes funerales.

El siglo xx, que se hartó de motejar a su progenitor, y que lo que menos le llamó fue estúpido, sentimental, materialista y demagogo (todo lo cual es compatible), le está cantando el Réquiem hace unos cuantos lustros. La cantata comenzó, a decir verdad, desde que la "biografía novelada" vino a constituir un honorable sustituto del folletín de aventuras. ¿Qué mejores aventureros por las selvas del ideal o las maniguas de la vida que los grandes hombres más o menos recientemente desaparecidos? La evocación pierde con la excesiva distancia. Una biografía novelada de Pascal o de Montaigne corre el riesgo editorial verdaderamente grave de no interesar a nadie. Una biografía, por poco teñida que esté por el romance, debe ser capaz, a lo menos, de acelerar el pulso del lector; de inflamarle en una visión caliente de su personaje. El mejor asunto será aquel que aclare los orígenes de nuestra vida contemporánea y nos ilustre sobre sus más señalados autores. Los abuelos; esto es, el siglo xviii. Y a seguida, aquellos papás un momento vilipendiados. Todo el siglo xix se convierte en cementerio. Todo él está tremolando aniversarios. Festejémoslos. El siglo xix es como aquellas "Fêtes des Morts" tan llenas de empaque con que mientras alboreaba el siglo nuevo se llenaba de dignidad el que moría entre hipos sangrientos.

Un aniversario sucede a otro. Nacimiento u óbito, tanto importa. Hacer que reviva lo muerto. Gran propósito. Romántico neto. Víctor Hugo, tan amigo de los contrastes, habría aplaudido. "Mors e vita", hubiera podido titular la ocasión a tono con la violencia de claroscuro tan favorecida por el gusto de la época. Cincuenta años hace que Víctor Hugo murió. En 1902, la pasión por los aniversarios no había bajado a la calle. Ya que no el centenario del nacimiento, festéjese el de la muerte. En Francia, a lo menos, no se ha dejado pasar inadvertida otra fecha famosa en los fastos del siglo y de la literatura, fecha que es Víctor Hugo quien la escribe: 1830, el estreno de "Hernani".

El quincuagésimo aniversario de la muerte de Hugo desempolva las viejas coronas; dora de nuevo las bayas de sus laureles. Alguna llega rodando hasta nuestra quieta vida madrileña. Por obra de gentes de buen espíritu ha podido verse en Madrid una colección de ediciones notables del gran poeta, y con ellas, algunos dibujos de su mano, que, al decir de los que entienden en ese arte, no son de un gran dibujante, pero sí a lo menos de "quelqu'un qui s'y connait". No de alguien que ha puesto su técnica a punto de rendimiento, circunstancia en que radica para muchas gentes el escape de la simple afición; pero, en todos los casos, ejemplos de gran belleza expresiva, de imaginación viva y de una hechura que para sus productos quisieran (o quisiéramos nosotros ver en ellos) muchos llamados profesionales.

El aniversario de Hugo agita la edición francesa. Una muestra que nos llega, entre las de mayor modestia, es de las más sustanciosas de contenido y estimulantes para el lector aficionado a la crítica. De sus cien páginas, ochenta están dedicadas a este menester en sus aspectos más calificados. Lo biográfico, en otras veinte, consiste en un repaso sumario, pero muy preciso, del "film" tan alterado por la sucesión de luces y sombras que es la vida de Hugo. Biografía de vivo paso, concebida dentro de ese estilo cinematográfico que deja en el lector la imagen bien dibujada y el revuelo de las peripecias; lo dinámico de una vida y el interno estímulo. El "tono" y el "tempo".

George Brunet es conocido por sus estudios sobre la literatura romántica (1). Su breve libro sobre Víctor Hugo presenta en presión todos esos antecedentes, que no expone, pero cuyas esencias dan sabor intelectual a su prosa. Verdadero estudio crítico, el hombre está estudiado por Georges Brunet en función de su obra. El carácter, las peripecias de la vida, ¿en qué grado incitan y modelan la creación?

Estudiemos primeramente de qué elementos se compone esa personalidad poderosa, esa fuerza vital tan robusta y tan pujante, eso olmo o ese roble (robustez es precisamente como si se dijese "modo de ser del roble"), esa humanidad que reivindica desde los primeros momentos cuanto le es más valioso: la inteligencia y la magnífica fisiología, traducidas en adolescencia rutilante, madurez jugosa y la gloria de una ve-

(Pasa a la página 314)

(1) Georges Brunet: *Víctor Hugo*. Colección "Maîtres de Litteratures. Ediciones Rieder. París.



Víctor Hugo
(en 1829)

Víctor Hugo en Madrid

Por E. DIEZ-CANEDO

=De *El Sol*.—Madrid. =

A los cincuenta años de su muerte, Víctor Hugo, conmemorado en Francia con glorificaciones y discusiones, víctima otra vez de la inquisición periodística, no acarreadora de elogios sino a costa de largos desvíos, vuelve a tener puesto de actualidad en Madrid gracias a la Exposición conmemorativa de dibujos originales, grabados, libros, retratos y autógrafos, organizada en el Instituto Francés por su director, M. Paul Guinard.

M. Guinard es un hombre ejemplar en todo. Su conocimiento de nuestras cosas raya en maravilla. Escritor de arte—suya es una notable historia del arte francés, publicada originariamente en castellano por una difundida colección—, no tiene el nuestro secretos para su curiosidad, siempre despierta. ¡Grandes exploradores de España estos franceses del Instituto! Recordemos no más los nombres de Pierre Paris, de los dos Mérimée, Ernesto y Enrique; anotemos a su lado el del actual director de la Casa de Velázquez, M. Maurice Legendre, de quien es fundamental un libro sobre Las Jurdes, y que ha captado en su "Portrait de l'Espagne" algunos rasgos esenciales de nuestra tierra.

(Pasa a la página 315)

El caso de Chopin

Por PIO BAROJA

= De *Ahora*.—Madrid =

El otro día leí en un periódico unas frases de Paul Valery sobre la música o, mejor dicho, contra la música por considerarla sin objeto racional o moral. El reproche no vale la pena de expresarlo, porque es tan viejo como el hombre. Ya se sabe que la música no enseñará nunca a razonar ni dará datos a la inteligencia.

La música es un arte que está fuera de los dominios de la razón. Lo mismo se puede decir que está por debajo de ella como que se encuentra por encima de ella. Por eso es quizá el arte por excelencia. Los demás son artes mixtos, cuyo objeto se comprende, y, por lo tanto sus productos son fáciles de someter a juicio.

La música es difícil de someter a juicio. De aquí que la crítica musical sea tan poco amena y tan poco exacta. Si se intenta examinar su esencia, ésta se escapa; si se analiza su técnica en lo que tiene de científica, puede servir a los profesionales; pero a los demás no nos puede interesar porque no la comprendemos. Lo menos válido es la opinión de los literatos, que muchos son de oído duro, sordos de solemnidad, y que niegan lo que no sienten.

Se comprende que hablar de música es hablar de algo vago e inconcreto y difícil de precsiar. Si se pudieran aclarar los conceptos fundamentales de la música en su esencia emocional, habría una base de acuerdo y de inteligencia.

Yo no pretendo entender de música. Si me aprietan mucho diré que no pretendo entender de nada. No llego a ser ni siquiera aficionado. Cuando quiere uno expresar sus impresiones — por falta probablemente de sentido musical profundo—tiene uno que comparar los productos musicales con los de otras artes y emplear imágenes pictóricas y literarias.

El otro día, en casa de un amigo, una señorita tocó repetidas composiciones de Chopin con entusiasmo de todos los presentes. Yo, disidente interior, me callé.

El caso de Chopin me choca. ¿Por qué ese músico, de escasa inspiración en comparación con otros de su tiempo y de otros anteriores y posteriores a él, tiene tanto éxito? Yo no lo veo claro, no lo comprendo. Yo no tengo un panorama musical muy extenso en la cabeza, ni mucho menos; no conozco tampoco la historia de la música.

Todos los grandes músicos antiguos, que conozco muy fragmentariamente, me han dejado una impresión neta, clara, de su personalidad. Sé, o creo que sé, aproximadamente, cómo son Haendel, Haydn, Glück, etc. Algunos como Bach, le desconciertan a uno.

Bach me parece un hombre de genio que a veces somete sus frases musicales a unas extrañas torturas que un profano no comprende bien; las hace pasar por laberintos complicados y las hunde deliberadamente en unos recintos estrechos, que a mí me dan una impresión de polígonos geométricos.

Cuando se oyen algunas páginas musicales de Mozart se dice uno—claro que es una ilusión—: Si yo fuera un músico, haría esto.

Lo mismo se dice contemplando algunas pinturas de Rafael, como el fresco del Vaticano, la Escultura de Atenas.

Alguno dirá: Ante toda obra maestra se piensa algo parecido.

No creo. Cuando se contempla "El entierro del conde de Orgaz", del Greco, no se piensa esto. Se dice es maravilloso, es genial; pero a uno, aunque fuera un gran pintor no se le ocurriría pintar las figuras alargadas de la gloria de este cuadro. Hay siempre en Velázquez, en Zurbarán, en Goya, una sorpresa. En Rafael, no. Es así y ha de ser así.

En lo que han hecho los demás le gusta al que contempla la perfección y, aunque uno sea arbitrario y de visión defectuosa, le produce admiración lo que no lo es.

Mozart, como Rafael, crea el motivo con una facilidad mágica, y cuando termina uno brota otro y luego otro hasta que se van agotando todos con una gracia sonriente.

Beethoven, desde el otro extremo del campo musical, se da la mano con Mozart. Beethoven es de una turbulencia perturbadora. Sus motivos se siguen con una ansiedad pánica. Parece que hay siempre allí una caverna de poseídos, de la que salen lamentos, amenazas y quejas desesperadas, y de tarde en tarde se ve un trozo de cielo azul para contrarrestar con la desgracia. Es algo entre Sófocles y Dostoievski.

Weber es elocuencia, fuego, dramatismo.

Otro músico delicioso es Schumann. Es un alemán exuberante, apasionado, con una fantasía eternamente joven que se desborda. A veces recuerda los cuadros de Brueghel y de Patinir. No creo que haya música tan evocadora como la suya. Pinta, describe, destaca las cosas y las figuras con una fuerza extraordinaria y tiene rasgos soberbios de humorismo.

Wagner es solemne, grandioso;



Federico Chopin

En el 125 aniversario del nacimiento de Chopin

Por GUSTAVO PITTALUGA

= De *Diario de Madrid* =

Félix Mendelsshon Bartoldy (1809), Roberto Schumann (1810), Chopin, segundo hijo del Nicolás Franz Liszt (1811). Y Federico Chopin y Justina Krizanowska: 22 de febrero de 1810, Zelazowa Wola, cerca de Varsovia (Polonia).

Una generación.

Cuatro nombres que vienen a representar las cuatro dimensiones del Romanticismo. Maldelsshon, o la versión escolástica del Romanticismo. Schumann, o la raducción romántica de la pura idea musical. Liszt, o la personificación del concepto romántico (personal, literaria y musical). Chopin, o la sensibilidad. (Chopin, o el Poeta, como dice Pourtalés).

Así, Mendelsshon resulta el más "compositor", en el sentido oficial del concepto. Por ende, el cultivador de "formas" y conceptos anteriores a él. Frente a sus tres contemporáneos, que necestian inventar sus formas, sus conceptos y aun sus maneras de expresión. Schumann elevando el piando a la categoría de gran medio expresivo. Añadiéndole Liszt la brillantez de un juego inusitado e inventando (con Berlioz) la música "de programa". Federico Chopin, creando el lirismo como concepto musical y aun, en otro sentido, las escuelas nacionalistas, que sólo van a cobrar realidad cincuenta años después de su muerte.

Así también, mientras Mendelsshon procede de un aprendizaje musical sistemático y universal, Schuman, Liszt y Chopin llegan a la composición por el camino de la interpretación. Liszt y Chopin, "niños prodigio" ambos, comienzan su carrera como virtuosos. A los nueve años el primero. A los ocho, el 24 de febrero de 1818, en un concierto de beneficencia, interpretando un "Concerto", de Adalberto Gyrowetz, el segundo. Schumann, procedente del estudio de las leyes, intenta hacia sus veinte años, lanzarse por el camino del virtuosismo con tal empeño que una absurda experiencia que intenta para adquirir la independencia de sus dedos le corta para siempre sus esperanzas de concertista y le dirige, definitivamente, a la composición.

Chopin —como Liszt— comienza por escribirse a sí mismo trozos de bravura con los que ser-

(Pasa a la página siguiente)

pero a veces da la impresión de una suficiencia y de una pedantería llevada al último término; parece decir: No basta rendirse a lo bueno y a lo inspirado de mis obras; hay que rendirse también a lo pesado y a lo monótono. Wágner no tiene nunca un rasgo de humorismo. Es siempre serio y pedagógico. Es para una época socialista.

La música de la ópera italiana, que para algunos está desprestigiada, a mí me parece de un tipo acusado, claro, valioso, de lo mejor del siglo XIX.

Rossini tiene la gracia de un polichinela napolitano en "El barbero de Sevilla". Es una música la suya un poco cínica y brutal, quizá sin espiritualidad, pero con una gracia brillante y sugestiva. Bellini es magnífico con su melodía melancólica, llena de nostalgia de siciliano, y Donizetti está henchido de dramatismo y de pasión. Verdi se destaca, sobre todo en sus primeras óperas, con su aire de romanticismo y de vigor.

Todos los músicos que me atraen me dan una impresión clara, honda, limpia y concreta de lo que son; hagan música de iglesia o música de revista, como Chueca. Entre ellos Chopin se me representa como una cosa vacilante, incongruente e imprecisa. Su música me parece sólo de superficie.

En muchas de las obras del pianista polaco hay una vaga tristeza difusa poco profunda y que no acaba de encontrar su expresión. Está bien lo vago; pero lo vago en el arte debe estar bien precisado.

En la misma literatura, Paul Verlaine tiene sensaciones de lo vago, de lo impreciso, casi musicales, pero admirablemente definidas.

En Chopin, quitando algunos nocturnos y valses, en donde se nota la inspiración clara, en lo demás todas son vacilaciones y tanteos que dan impresión de superficialidad y de impotencia.

En "El Carnaval", de Schumann, hay un trozo llamado "Chopin" que es como un nocturno; pero es infinitamente más romántico y más inspirado que los del pianista polaco.

En los valses tampoco veo que Chopin sea de los primeros. Beethoven tiene valses inmensamente superiores. También me parece mucho mucho más inspirado Weber en su "Invitación al vals" y José Strauss, el vienés.

Chopin es al mismo tiempo efectista monótono e incongruente. Cuando encuentra el motivo es un motivo pobre que se le agota en seguida, se le muere en la mano. Comienza bien, pero en seguida decae, y adorna sus frases con unas escalas de pianista tan banales, tan ramplonas, que producen asombro.

A mí me parece que Chopin lógicamente debía de estar entre esos músicos un poco sombras sin relieve, como Brahms, Liszt, Berlioz, Saint Saens, Massenet. Sin embargo está entre los primeros.

¿Por qué tan poca profundidad y tanto aparato? Yo me figuro que esto depende de algo adjetivo a la música: literatura, historia o técnica de tocar el piano.

Claro que esto de lo adjetivo a la música no es para todos igual.

Una vez, hablando con el maestro Vives, yo le decía:

—Yo no entiendo de música y he oído poca relativamente; pero la música dramática, con palabras, es la que menos me interesa. De hacerme aficionado sería a oír sonatas.

—Eso es como una química—replicaba él—. Para mí lo completo es la música, la palabra y el cantor.

—Eso es el teatro—decía yo—: algo adjetivo.

—Para mí no lo es. Yo creo que el "Spirto gentil" es distinto oído a Gayarre que oído a un tenor mediano.

—Oído en el teatro será distinto; pero la música de "La Favorita" será siempre la misma.

No estábamos de acuerdo.

Al pensar en la música de Chopin, que a mí me gusta poco, que en ocasiones me parece cortical, superficial, yo tengo que suponer que hay otras razones que las musicales para que haya tenido y siga teniendo tanto éxito.

Supongo que sirve para que pianistas virtuosos y señoritas del Conservatorio se luzcan fácilmente con esos fuegos artificiales de notas. Pienso también que muchos músicos modernos que no tienen nada que decir defienden la brillantez un poco vacua y delicuescente de Chopin, porque la oquedad del pianista polaco les sirve como defensa para la oquedad suya.

Quizá influya o, por lo menos, ayude a la poetización de Chopin su leyenda: sus amores con Jorge Sand, la novelista famosa en su tiempo.

La conquista amorosa del músico no debió ser grande, porque la escritora había pasado por muchas manos y rodado por todos los caminos. Era, además, una mujeruca gorda, cetrina, poco atractiva, ya talluda y con furor erótico, como él era un hombre desquiciado, de genio insoportable.

Como personalidad y como talento, a pesar de estar un poco olvidada hoy, ella tenía mucho más talento literario que Chopin genio musical.

A pesar de esto, que a mí me parece evidente, la novelista fecunda, de una obra extensa y valiosa, ha sido olvidada, y el músico seudogenial, brillante, aparatoso y casi siempre vacío ha logrado sobrevivir, como sus obras, más o menos artificiosamente.

En el 125 aniversario del naci...

(Viene de la página anterior)

vir su actividad de concertista. Pero este juego dura poco. Apenas en el uso pleno de su razón, la música acaba por tragarse al brillante virtuoso.

Es quizá, de esta primera época de la que Chopin va a conservar una de sus más características maneras: la de la maravillosa invención de ornamentación de sus melodías.

Es apasionante contemplar la divergencia progresiva de estas dos vidas de paralelo comienzo. Mientras Liszt, musicalmente y personalmente, viene a gozar —literalmente— del romanticismo de gran bordo, un romanticismo frondoso, lujuriante, arrollador, vital, sin límites para el éxito y la pasión, en una vida espléndida y larga, Federico Chopin va intimando, recogiéndose, purificándose, aislándose. Ensimismándose. Así apaga los fuegos de sus primeras "bravuras", tomando de su llama la pura esencia. Así se recobra y gusta para sí mismo, solo, de la suavidad de su juego virtuoso, domándolo hasta servirse de él para la creación. Así extingue su vida también. Chopin, o la sensibilidad. Afilada, perfilada, pulida día a día, obra a obra.

El brillante "prodigio" es, en su plenitud, el hombre que se sirve, espiritualmente, a sí mismo. Es el propio Liszt quien lo cuenta: "Il ne chercha rien; il eut dédaigné de rien demander" (1).

Chopin es, en este sentido, el más —¿el único?— puro de los románticos. Mientras las tormentas le servían a Liszt, constantemente, para un nuevo "élan, Chopin "moría un poco" ante cada uno de sus tormentos. Mientras Liszt los universalizaba en "Años de peregrinación", en "Faustos" y "Dantes", Chopin los guardaba, se dejaba herir por ellos y apenas se quejaba con la tierna expresión de un "nocturno". Romanticismo impresionista ya.

Y cada vez filtrándolos en un tamiz más espeso. Que no deja pasar, en sus obras de plenitud, sino la remota lejanía de un estado de espíritu, lejano a su vez.

Así, la ruptura con George Sand va a ser su última tormenta.

"De 1846 a 1847 no pudo apenas andar", nos cuenta Liszt. A fines de 1847 pareció a punto de morir. El 16 de febrero de 1848 pudo, sin embargo, todavía, dar un concierto. "El Sylfo ha mantenido su palabra... Cuando tengamos en nuestro poder la pluma que ha trazado las delicadas maravillas de la reina Mab..., y ni aun así llegaríamos a daros una idea de un talento puramente ideal y en el cual la materia no entra, "apenas, para nada", comenta la "Gazzete Musicale" de la época.

Aún hace un viaje a Londres. Un verano todavía. Desde principios de octubre su debilidad crece constantemente. El 17 de octubre se extingue simplemente. Meyerbeer y el príncipe Czartorsky presiden el duelo, en el que figura, también, Delacroix. Chopin mismo había pedido que se tocara durante el ofertorio el "Requiem", de Mozart.

Ciento veinticinco años. Que han servido para acercarnos. Es muy posible —yo no lo sé— que en el centenario —1910— nos encontrásemos mucho más lejos.

Una imagen de...

(Viene de la página 312)

jez sublime. Devéria y Gavarni complacieron sus pinceles en la belleza del infante que ponía el pie en los primeros escalones de la gloria. Teófilo Gautier cuenta el mirífico efecto que la aparición del juvenil poeta causaba dondequiera y lo comenta sin hipocresía. Ya en fruto el árbol romántico, Víctor Hugo era el mejor propagandista de la doctrina al confundirse él mismo con los personajes creados por su imaginación con mayor prestigio. Maduro y batido por los vientos, se decía de él que era una fuerza en marcha: "la force qui va". Alguno lo describe cuando viejo: es la imagen viva del hombre glorioso, y a la par, un caso notable de vigor senil. Su cabeza está tan fuerte como su estómago. Digiere sucesos crudos y solomillos sangrantes. Su cabello no conoce bajas, y a los ochenta años conserva todos sus dientes. Desde diez

(1) F. Lizt: *F. Chopin.*

años antes de morir, un flujo editorial reanuda su chorro, y no se detiene con la muerte. En 1886 comienzan a aparecer sus obras póstumas, y a la "Derniére gerbe" lleva la fecha editorial de 1902.

"Je refus el'oraison de toutes les églises; je demande une priére á toutes les âmes". Esta cláusula de su testamento le contiene íntegro. Bien entendida, ilumina al hombre tanto como a su obra. Es lo que hace George Brunet. Su pintura del Hugo visual, dinámico, de un animismo que dilata a impulso de su inspiración cualquier norma social, moral o religiosa; simplista en el fondo, por barroca que sea su manera de expresarse; lírico en esencia y mal psicólogo; con una fe en la inmortalidad que resume todas sus creencias; ochocentista en todos sus aspectos, incluso por su cándida creencia en el progreso mecánico y en que los avances científicos pueden llegar a influir en el más hondo espíritu, es una pintura en la que Brunet deja trazadas las líneas directrices de su crítica.

La entidad que pone en movimiento a Hugo es el vocablo palpitante. De su fuerza dinámica nace y se desarrolla toda su poesía. Pintor en palabras, cada una de ellas se desdobla en imágenes y en tropos de todo orden, como los verticilos de una planta, subdivididos en profusos involucros. La armonía sonora es en él tan poderosa, que la vocal—dice Hugo mismo—es la voz cantante; la consonante (sonat cum), el acompañamiento. Y el arte crítico de Brunet consiste en desmontar minuciosamente sus versos para mostrarnos de qué manera el efecto que nos producen está basado en la pura materialidad fonética de las sílabas hábilmente reiteradas o en contraste. No es fácil dar aquí una idea de ese trabajo de sutil interpretación, y el lector interesado hará bien leyendo el capítulo que se titula "L'art de Victor Hugo", donde Brunet estudia el valor evocativo de la palabra, el de las imágenes, el movimiento y la construcción rítmica de sus versos, la forma estructural, la armonía y su descomposición microscópica; en fin, los temas caros a Hugo.

Amor, muerte, patria, el pasado, honor, derecho, justicia. Grandes vocablos. Gran retórica. "Dans la téte un orchestre et dans l'âme une lyre"...

Víctor Hugo en...

(Viene de la página 312)

Todos ellos, y M. Guinard, ya establecido en Madrid desde hace años, y sus restantes colaboradores más jóvenes, llevan a cabo una labor digna de ser emulada por las instituciones nuestras en todos los países adonde España haya de llevar, o le importe no dejar que se pierda, su propia cultura. Entregados a su tarea, no descuidan el estudio del país en que la ejercen y aportan a su comprensión cabal investigaciones y juicios personales. No se limitan a dar desde su tribuna de conferencias o en sus aulas escolares, noticia del pasado, razón del presente de Francia. Saben buscar la nota armónica fundando la amistad en el conocimiento.

Con motivo del cincuentenario de la muerte de Hugo, M. Guinard ha reunido en varias salas del Instituto Francés una colección interesante de por sí, cuyo primer atractivo son los dibujos y estampas aquí mismo estudiados días atrás por "Juan de la Encina". Mas no es esto sólo. Las vitrinas de la Exposición contienen otros objetos cuyo valor dimana de su relación directa con el hombre o de su cualidad de testimonios de un influjo muy hondo.

¿Qué autor fué más leído en España que Víctor Hugo? ¿A qué personalidad extranjera se ha profesado mayor culto? Los viejos republicanos españoles veneraban al correligionarios que, nacido en la idea legitimista, supo ser del pueblo y encontró para los tiranos personificados en su "Napoleón el Chico" implacables acentos; los amantes de la libertad se lo sabían de memoria. No todos podían leerlo en francés; pero sus novelas principalmente, y desde luego las dos mayores, leídas y vueltas a leer, se encontraban, no ya en todas las bibliotecas, sino en muchas casas como únicos libros. Y sus poesías, ¿qué atractivo no tuvieron sobre nuestros poetas? Desde las primeras traducciones románticas de Salas y Quiroga, del propio Zorrilla, no hubo cantor en quien no se pueda señalar algún rasgo, huella espiritual de Hugo. La oriental española, si renovó el romance morisco, inspirador a su vez del poeta, debió a Víctor Hugo su empaque más perfecto, en el mismo Zorrilla, en Arolas, en los románticos menores. Aun los más alejados al parecer, Campoamor, por ejemplo, en su afectación de no haberle leído, muestran deberle algo. Y después, ¡cuánto encono en la repulsa, en la negativa, en el considerar pecaminosa su lectura, por parte de maestros y preceptores de antaño, contraprueba de su popularidad!

Hay en la actual Exposición un libro titulado "Víctor Hugo en América", que reune versiones llevadas a cabo por los poetas americanos de todos los países, en grueso volumen. Otro semejante podría hacerse de Víctor Hugo en España; y si un Menéndez y Pelayo de nuestros días investigara, como aquél las de Horacio, en todos los poetas posteriores la huella victorhuguesca, no tendría quehacer.

Sin ser lo español que él creía, Víctor Hugo tuvo siempre algo muy español en su espíritu: la abundancia, la versatilidad, la grandilocuencia. Fué un Lope y un Herrera juntos; y con esto no comparo valores, sino actitudes. La caudalosa producción de Hugo corre paralelamente con la de nuestos dramáticos. Encauzada en un género, como tal vez se hubiera visto en tiempos diferentes de los que vivió, asombraría más aun. Pero sus días reclamaban de él no sólo aquellos versos que espontáneamente daba su numen, y con tanta profusión que aun después de muerto pudo hacerse, entresacando de piezas inéditas y borradores, una nueva compilación, la "última gavilla", como vino a rotularse, y que quizá no sea última; sus días le arrancaban el drama y la novela para solaz de muchedumbres entusiastas y de lectores ávidos, incapaces de satisfacerse con la intimidad de la poesía, aun de la más narrativa y grandilocuente. Así, fué Víctor Hugo un escritor universal en el sentido de que no le fué ajena ninguna disciplina literaria, además de serlo en el más noble y humano.

Convocados a dar su opinión los escritores franceses por un periódico muy difundido entre el público intelectual, de todos ellos, aun de los que sienten la comezón de discutir a Hugo, surge el mismo testimonio. Ninguno, creo que ha llegado a la concisión con que dijo su parecer André Gide, contestando años hace a la pregunta que le hacían otros pesquisidores: ¿cuál es el mayor poeta francés? "Víctor Hugo, hélas!", fué la respuesta. Sin vacilación en el nombre: con cuántas reservas en la exclamación.

Su misma abundancia daña a Víctor Hugo; porque, en verdad, si no es extraño que en él se hallen los equivalentes de todos los poetas que gravitaron en su órbita, no menos pueden reconocerse en sus versos de juventud, de madurez o de ancianidad los temas explotados con éxito posteriormente: no sólo la impasibilidad de un Leconte de Lisle, el apresto filosófico de un Sully Prudhomme, la familiaridad de un Coppée; también notas más raras las de un Gautier, las de un Baudelaire, las de un Verlaine.

A nadie se le ocurre, ni al más empedernido filólogo, tomar un diccionario por libro de cabecera. Y eso es Hugo: un gran diccionario, en donde se encuentra todo lo que se busca y algo más. Amamos al poeta de un solo libro. Hugo es innumerable, y por ello, demasiado imponente para suscitar amor sin dar a la vez idea de superioridad por su parte. Y no es que el poeta de un solo libro admita al lector en pie de igualdad. Nunca se le arrancan del todo los secretos; pero la facilidad con que se le abarca permite hacerse ilusiones.

Por esto, una Exposición como la de Madrid, que acerca el poeta como hombre a la curiosidad momentánea, despertadora tal vez de una intimidad duradera, tiene tanto interés. Abre como una brecha de emoción que puede hacer más fácil el conocimiento. Víctor Hugo recordó siempre el Madrid de su infancia. Justo es que en la hora conmemorativa su culto no quede sin devotos: el Instituto Francés los convoca desde sus vitrinas, en delicado homenaje, tan honroso para el poeta como para Madrid.

Versos nuevos

de EMMA GAMBOA

= *Envío de la autora.*—Heredia, Costa Rica, Enero de 1935. =

EVOCACION

Madre: todo despierta
cuando tú te levantas:
como el sol en el mundo
eres tú en nuestra casa.
Por las puertas abiertas
da buenos días el alba,
las cortinas ondean,
el chorro de agua canta.
Inicias tu faena
dando aliento a la llama
y luego a todo atiendes
con gracia reposada.
Tiendes sobre las piedras
los abanicos de palma
y en la piñuela verde
la ropa almidonada.
De tus manos el pan,
la cajeta aromada
y, alguna vez dichosa,
las arepas doradas.
¡Cómo rindes el tiempo!,
ya tienes preparada
la cura del tabaco
con clavos y jamaica.
Y, todo bien dispuesto,
te sientas a la máquina
a coser los sombreros
para fin de semana.
Alrededor tus hijos
con su rollo de pajas
apuestan a quién trenza
primero las diez varas.
¡Se mueven tan alegres
las ruedas y las pajas!
Tú eres la más ligera:
gira, gira la blanca
copa y va creciendo
como una luna, el ala.
Llevan caracolillo
los más caros, el ala
ancha, alta la copa
y cinta de gro clara.
El próximo domingo
irá a misa cantada
el crujiente sombrero
de palma barnizada.
La loquita Rogelia
que a veces duerme en casa
y que sabe romances
y mil adivinanzas,
maldice de la vida
como de hiel amarga;
pero a ti te bendice
y tus manos alaba.
Cuando anochece, madre,
aún tus manos trabajan;
yo me siento a tu lado,
cabritilla cansada.
Te pregunto tu historia
y, con voz resignada,
parece que me llevas
por veredas extrañas.
Veo mi abuelo barbudo
y mujeres delgadas,
rocas y ríos de oro,
bosques en niebla blanca.
El padre va buscando
lo que nunca se halla,
la mujer con el hijo
en los brazos, callada.
"Era duro de piedras
el camino". Y tallada
en piedra azur te miro
hasta los cielos, alta.
Eres la mujer fuerte,
madre mía, amada,
espiga contra viento,
sobre tormenta, alas.
Arrullada de grillos,
quietecita en la cama,
miro como soñando
la escena iluminada.
Esa silueta fina
es mamá: bien peinada,
la blusa de cuello alto,
el delantal de guarda;
menuditos los pasos,
derechita la espalda,
despejada la frente
y limpias las palabras.
Mujer de fortaleza
y ternura callada:
María...! ¿Y qué nombre
de mayor alabanza?
En sueño que no es sueño
veo tres doncellas diáfanas:
para ti una corona
sus manos enlazadas.

Heredia, 1934.

ESPIGA PERDIDA

Sacudamos este sopor,
esta ausencia del alma
que se va en busca del imposible,
(oh, la montaña lejana)
y vamos a vagar por el pasto.
Enero ha florido los llanos
de azul y amarillo.
El viento baraja un tesoro
en los jarales de oro.
Mariposas de gualda
tiemblan sobre los ramos
de Santa Lucía.
Rodaremos en las parvas
y luego con las pajas
tejeremos canastillas.
Mira una espiga perdida,
parece un rabito triste
y las granzas, lágrimas de sequía.
Mi amiga, me vuelvo a la sombra,
los ojos cerrados, el alma fugitiva.
Si yo no estoy en esto
sino allá muy lejos,
en las azules colinas.
Aquí soy una espiga perdida.

Ciruelas, 1934.

A LA CAIDA DE LA TARDE

Golondrinas en revuelo
danzan con las rosas de la tarde
y una algarabía de píos
se apaga dulcemente
entre las grevileas y los pinos.
En el parque de juegos
los niños cabrillean y ponen en balance
la dicha y la gracia del mundo;
en tanto el volantín gira y tintinea
cargado de júbilo.
Las casas están pintadas de crepúsculo.

Por entre el bullicio y los gorjeos de los
pájaros
cruza, con grandes alas, un sosiego dorado.

La campana, corazón viejo
que de tanto oírlo no se oye,
canta el Ave María y ruega Ora pro Nobis.
En las grandes naves
arden cirios y plegarias.
El incienso se derrama por las puertas
y en el jardín de Monseñor se mezcla
con gladiolas y azucenas.
Salen de la iglesia con prisa recatada
mujeres tocadas de negro:
¡bendición para todas las casas!
Pasan las colegialas
con sus cuellos rayaditos de blanco
y un largo silencio se estira por las calles
apagando el tecleo de sus pasos.

Oh, la sosegada ciudad!
Recién llegada tuve la melancolía
del cerro de mi pueblo
y sentía el eco de mis pisadas por las losas
como en un gran convento.
Pero más tarde floreció la dicha entre las
lágrimas.
unos claros ojos me miraron
y en la ciudad tranquila
mi gran pájaro azul abrió sus alas.

Heredia. 1933.

COSECHA DE ARROZ

Los doce segadores
se reparten en grupos
con sus hoces bruñidas
y sus pañuelos de colores.
Cortan los tallos tostados
y van apiñando gavillas.
Luego recogen las cargas
llevando en sus hombros
los haces rumorosos
con las espigas agobiadas.
Entre las pajitas tiesas,
las granzas cascabelean
sobre las espaldas de los segadores.
Fué buena la cosecha, a Dios gracias.
La machina suelta una cascada
sonorosa y en los manteaos
van creciendo colinitas doradas.
Esta noche, amigos, vendremos a las parvas
y tejeremos un ensueño con la luna
y brindaremos con una tonada.

Ciruelas. 1934.

Proceso y juicio de la República Española

Por C. VILLALOBOS DOMINGUEZ

= Envío del autor.—Universidad de Buenos Aires. Abril de 1935 =

Han transucrrido cuatro años desde el advenimiento de la república en España,—hecho de muy notable importancia en la historia de la civilización —y conviene pasar revista crítica a su proceso, resultados obtenidos y situación actual y prospectiva del nuevo régimen.

Debe reconocerse ante todo gran trascendencia, en cuanto jalón de avance de la civilización universal, a la forma tan "elegante" con que el pueblo de una importante nación europea supo cambiar la base de sus instituciones políticas, transfiriéndolas categóricamente a su exclusiva soberanía; y si consideramos que para realizar cambios de régimen (y tantas veces para simple cambio de gobernantes) ha sido necesario por regla general atravesar períodos de cruentas luchas, es admirable signo de progreso cultural que el paso de la monarquía a la república haya podido ser efectuado en España por la sencilla vía de decidirse el pueblo a emplear para el objeto el pacífico y expeditivo instrumento del sufragio. Poco después se produjo en Alemania, por el mismo pacífico procedimiento, un sustancial cambio de las instituciones, al optar el pueblo por el régimen y "attrezzo" fascista, aun cuando en este caso la mudanza haya sido regresiva, dado que tenía por objeto expreso (a trueque de retóricas promesas de próspero engrandecimiento) hacer el pueblo renuncia de sus derechos para ejercer el propio gobierno, con lo cual dicho se está que no ha llegado a la madurez de merecerlos.

Antecedentes inmediatos.—La llegada de España a la república sólo en pequeño grado ha sido obra directa de los hombres, bastante escasos, que mantuvieron la convicción y la propaganda del republicanismo. Fué más que todo una espontánea reacción del ambiente general contra los desmanes dictatoriales de la Monarquía, pues los elementos republicanos preexistentes no habían logrado excitar suficiente eco en la opinión. Bastaría, a mi parecer, para explicarse que no lo encontraran, considerar que presentaban el republicanismo tan sólo como una cuestión de forma política, sin acompañarla de un concepto definido de renovación económica como promesa de efectiva mejora en las condiciones de vida. Y el pueblo español ya no estaba tan atrasado —ni tampoco suficientemente adelantado—como para poner su atención y voluntad al servicio de planes meramente formales.

Esa latente exigencia de reformas económicas había en cambio motivado el desarrollo del Partido Socialista, único que había conseguido vasta adhesión y organización consistente. Pero el Partido Socialista nunca fué ni pudo ser formador de republicanos por cuanto, de acuerdo a su escuela, era adverso por igual a las instituciones monárquica y republicana: instituciones igualmente "burguesas", según ella, igualmente repudiables o igualmente tolerables mientras no se las pudiera destruir. Así es que aquéllos por un motivo y éstos por otro ni los propagandistas republicanos ni los socialistas estuvieron en capacidad de crear opinión republicana. Menos podrían tampoco haberla creado los sindicalistas y anarquistas, esencialmente "apolíticos", que por su parte reunían huestes muy numerosas.

Fueron, pues, Alfonso XIII y Primo de Rivera quienes, por efecto reactivo, convirtieron en republicana la opinión general del país y, siguiendo esa corriente, también el Partido Socialista se hizo republicano, poniéndose sus jefes de acuerdo con los del republicanismo para encauzar la opinión que de tal modo habíase desarrollado.

Panorama ideológico. — Sumados a los mencionados elementos dirigentes algunos intelectuales de diversas profesiones que hasta entonces habían practicado, y hasta algunos predicado, la despreocupación política, y otros desprendidos del monarquismo, establecieron el gobierno provisional y convocaron a elecciones constituyentes; resultando compuesta la Asamblea, como era de esperar, por gran proporción de socialistas, otra gran proporción de republicanos que podemos designar con la convenida aunque imprecisa etiqueta de "izquierdistas" y minorías de espíritu conservador o reaccionario.

Dejando aparte las últimas por su exigüidad, la Asamblea Constituyente fué así una asamblea **izquierdista**. Si esta palabra quiere decir algo, signifiquemos con ella que predominaba el número de los que, dentro y a favor del régimen republicano, aspiraban a modificar las leyes en el sentido de abatir privilegios de vario género, propendiendo a la igualación de todos los cudadanos en derechos, deberes y oportunidades.

En cuanto al orden económico, los socialistas tenían sus conocidas miras hacia la socialización de los que llaman "medios de producción y cambio", a realizarse por método político gradual y no al modo convulsivo que es profesado por los comunistas para encaminarse al mismo objetivo. Así pues, la tendencia que significaban los socialistas en el orden económico era la de un **derechismo** colectivista: procurar implantar **alguna parte** de los propósitos comunistas del marxismo.

A su vez los republicanos, desde el punto de vista de lo económico, podemos considerar que se dividían en tres matices: los que querían **hacer algo de socialismo** (algo menos que los socialistas); los que tal vez se resistirían a seguir las propuestas de los socialistas si supieran qué otra cosa hacer y, en tercer lugar, los más reacios a secundar la obra socializante.

Los socialistas tenían una doctrina económica definida, cualquiera que sea su valor; pero los republicanos más o menos izquierdistas, aun cuando muy deseosos de realizar reformas económicas, carecían de doctrina económica propia o que de algún modo pudiera caracterizarles o guiarles para realizarlas. En la cuestión de la tierra, por ejemplo, todos los elementos izquierdistas estaban contestes en que era indispensable realizar **una** reforma "agraria" bien que los dirigentes de los diversos grupos políticos no mostraban tener idea clara y convicción sobre la índole y caracteres que habrían de guiarla. Sólo sabían unánimes que ella era indispensable y que no convenía realizarla al modo ruso. Ni menos mostraron comprender que la cuestión agraria es casi exclusivamente una cuestión de régimen **territorial** y que, por otra parte, la tierra agraria constituye tan sólo una mitad del problema, puesto que también la tierra urbana forma parte integrante del mismo.

Los republicanos conservadores, como se comprende, procuraban no alterar sensiblemente las normas económicas vigentes. No afectar, sobre todo, a los principios establecidos sobre la propiedad; lo que equivale a no querer cambiar nada, por ser el concepto sobre la propiedad la clave de todo sistema económico.

En lo político, los republicanos más conservadores estaban propensos a es-

tatuir y fortificar las garantías individuales, mientras que los socialistas estaban, como se comprende, dispuestos a vulnerarlas en todo lo que estimaran conveniente para la realización de sus iniciativas económicas; y los republicanos izquierdistas, según que más o menos socializantes (más o menos inclinados a la economía "dirigida", como ahora ha dado en llamársela) estaban proporcionalmente proclives a vulnerarlas, dado que no es posible dar ni un paso en sentido colectivista sin detrimento de las mismas.

La esencia de la Constitución. —La Constitución surgida de dicha Asamblea es quizá mejor de lo que la composición del cuerpo pudo hacer esperar, pero inferior al grado de perfección que la ciencia y experiencia universales pueden a esta fecha permitir. Demasiado influida por las constituciones de Francia y Alemania, (derivadas a su vez de la monárquica inglesa) y menos de lo necesario por la norteamericana, cayeron los constituyentes españoles en la equivocación de adoptar el sistema "parlamentario", que subordina el Poder Ejecutivo al Poder Legislativo, siendo ello fermento constante de disolución y desgobierno a causa de las frecuentes crisis de gabinete, con el fatal efecto de tener en permanente riesgo la vida del Poder Ejecutivo y en incertidumbre al pueblo que, de ese modo, no se siente realmente gobernado. Perniciosa precariedad y debilidad que, por el contrario, se halla automáticamente eliminada por el sistema "presidencialista", en que el Ejecutivo está investido por el pueblo de un auténtico poder; siendo sistema largamente experimentado en América con resultados positivos (siempre, bien entendido, que haya ido acompañado de la **efectividad** del sufragio universal)y al que, dicho sea de paso, ha vuelto la República del Uruguay después de su aventura "colegialista", y al que también parece que la misma Francia, más o menos confusamente procura dirigirse. Claramente se ve, por otra parte, que el caos político alemán que vino a desembocar en el fascismo hitlerista fué causado esencialmente por el "parlamentarismo" de la Constitución de Weimar, como fué análoga la causa que hizo en cierto modo indispensable el fascismo italiano.

Estas lecciones no eran demasiado difíciles de aprender, pero en los constituyentes españoles faltó solidez técnica suficiente, particularmente en el sector socialista donde sin duda había hombres muy estudiosos, pero que mal podían haber estudiado a fondo los principios y técnica de las instituciones republicanas a las que fundamentalmente habían siempre desdeñado y deseado destruir.

La Constitución española ha mitigado un poco, sin embargo, los inconvenientes del sistema, pero no tanto que haya impedido desfilar una docena de gabinetes en cuatro años ni evitar que siempre sea provisoria la composición del que gobierna. Es de desear que el punto sea objeto cuanto antes de reforma, y la solución será fácil si los gobernantes españoles se deciden a copiarla de las constituciones de América, continente del que los hombres europeos son poco dados a suponer que pueda enseñarles cosas importantes.

Otro error de los parlamentarios españoles, no menos esencial, es el de no haber acertado a adoptar una ley electoral que asegure la autenticidad del sufragio y de sus resultados. Aun cuando la Constitución prescribe el voto **secreto,** el mecanismo de la ley respectiva hace que no lo sea realmente y, por lo tanto sale afectado de venalidad, influencias gremiales y otras que igualmente lo vician. La práctica de la Ley electoral, según está ella reglamentada, permite que el voto sea controlable por cualquier interesado en verificar si la boleta depositada en la urna es la convenida. Luego pues, el voto **no es secreto;** y tal error, evidentemente calculado, hiere en lo más vital la efectividad del ejercicio de la soberanía popular. Es la anulación del principio republicano, como lo ha sido en toda Sur América a lo largo del pasado siglo y parte del presente.

Añádese que la legitimidad de la expresión del sufragio y la equidad de los cómputos se halla además viciada por la exigencia de obtener al menos el 40 por ciento de los votos para salir electo diputado en la primera votación, siguiendo también en eso la manera francesa que da por supuesto que las elecciones serán de repetición.

El acierto más señalable de la Constitución española consiste en haber adoptado el principio del parlamento unicameral, con gran ventaja para la lógica y la eficacia, siempre que detalles de reglamento no contrarresten dicha eficacia, como de hecho ha sucedido hasta ahora por causa de la exigencia de quorum numeroso para legislar. Pero una reciente reforma que ha rebajado notablemente la cifra del quorum, mejorará la situación en alto grado.

En el aspecto económico la Constitución no establece la propiedad común de los bienes ni tampoco afirma ni niega la propiedad privada, pero mantiene a ésta bajo constante amenaza; (arts. 44 y 46). El trabajo es libre según el art. 33, pero obligatorio y acentuadamente condicionado según el 46. En el vitalísimo orden de lo económico la Constitución aparece enteramente perpleja, matizada de varias pinceladas colectivistas al lado de otras que las contradicen.

En lo religioso establece la separación de la Iglesia y el Estado con acierto y cordura, sin estridencias ni tropelías como las que caracterizaron la reforma mejicana de 1917.

En lo educacional es la Constitución marcadamente socialista, por cuanto establece que "el servicio de la cultura es atribución esencial del Estado". Este criterio, que aquí no juzgo, es seguido desde hace un siglo por numerosos Estados admitidos como liberales y que, en todo caso, no han sido tenidos por socialistas. Pero de cualquier modo que sea, practicado en Esparta, Francia o Rusia, es un criterio socialista o, digamos, de **enseñanza dirigida**.

Las medidas para asegurar el orden público son inteligentes y eficaces en cuanto de ellas puede depender.

(Concluirá en la entrega próxima)

Noticia de Libros y Autores

(Registro bibliográfico titular de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoras).

Alfonso Reyes ha publicado:

Golfo de México (Versos) Buenos Aires. 1934.

Yerbas de Tarahumara (Verso) Buenos Aires. 1934.

Minuta. Juego poético. Con grabados de Marguerite Barciano. Oficinas Gráficas «Haleyon» (A. A. M. STOLS). 1935.

Emeterio S. Santovenia, de la Academia de la Historia de Cuba, ha publicado:

Bolívar y las Antillas Hispanas. En edición de ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1934.

Juan Francisco Bedrega (nos lo recomienda Alcides Arguedas) ha sacado:

Figuras animadas. Cuentos. Dibujos de Hugo de Loayza. Grabados de Rosili Dávila. La Paz. Bolivia.

De Montiel Ballesteros hemos recibido:

Pasión. Novela. Edición de la Sociedad Amigos del Libro Riplatense. Buenos Aires. Montevideo.

Con el autor: Las Piedras. Uruguay.

Del Sr. D. Luis F. Torres, Director de Educación de Quito, Ecuador, nos manda:

Luis Enrique Osorio: *El Universo en manos del niño.* Síntesis de los principales conocimientos humanos, coordinados y puestos al alcance de la mentalidad infantil. Quito. 1934.

Luis Enrique Osorio: *La escuela de la vida.* Rumbos educativos de Iberoamérica. Biblioteca de la Alianza Unionista Vol. III. Editorial Bolívar. Quito. 1933.

Luis Enrique Osorio: *Los destinos del trópico.* Segunda edición. Editorial Bolívar. Quito. Vol. II de la Biblioteca de la Alianza Unionista. Quito. 1933.

Y estos himnos: *A Montalvo* (1832-1932). *Marcha escolar bolivariana. Himno Nacional del Ecuador. Bolívar.*

Arturo Mejía Nieto ha publicado:

El prófugo de sí mismo. En seis partes la novela. Editorial TOR. Buenos Aires.

Con el autor: 611-25 de Mayo. 3er. piso. Depto. 1.° Buenos Aires. Rep. Argentina.

De Ricardo M. Fernández Mira, miembro correspondiente de la «Sociedad de Geografía e Historia de Honduras»:

Un precursor de la enseñanza. El Padre Reyes. Librería «Cervantes» de Julio Suárez. Buenos Aires. 1935.

Con el autor: Calle México N.° 1774. Buenos Aires. Rep. Argentina.

La última obra de Alfredo L. Palacios:

Libertad de prensa. «Colección Claridad». Buenos Aires. 1935.

Con un juicio: «Palacios y su libro», por Víctor French Matheu.

Leeremos luego, y con simpatía:

La escala de Jacob. Por Mario Carvajal. Editorial Santa Fe. 1935. Tomo VI de la «Biblioteca de los Penúltimos».

Con el autor: Aptdo. 64. Cali. Colombia.

Las dos novelas con que concluye don Pío Baroja la serie «Memorias de un Hombre de Acción»:

Crónica escandalosa y *Desde el principio hasta el fin.* Ambas editadas por ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1935.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

Otro ensayo de tera...

(Viene de la página siguiente)

sugiera con ánimo limpio y constructivo. Un ensayo espléndido, las Misiones pedagógicas.

Recuerda Madariaga el caso admirable de unanimidad del 14 de abril. He visto esgrimir muchas veces aquel hecho memorable con fines políticos, para verter el carro de las culpas sobre quienes no supieron aprovechar tan hermoso acto de coincidencia nacional. Permítaseme, sin embargo, que refiera una anécdota. Acontece en Hispanoamérica. Un profesor español atrae a las multitudes universitarias con su palabra; logra gran éxito. Un día anuncia que, además de las conferencias para el público mayor, dará clases más restringidas, con el fin de trabajar con quienes deseen intervenir directamente en tareas científicas. Acude gran afluencia.

El profesor inicia el diálogo con las gentes que se han sentado en primera fila. Se nota cierta consternación. Azoramiento. A la próxima clase menguan los oyentes. Al cabo de seis días de haber iniciado el ejercicio dialogado, en que el pasivo oyente ha de hablar de lo que tiene en la cabeza, de qué se propone hacer, el aula queda casi desierta. ¿Por qué, si las otras conferencias siguen estando concurridísimas? El decano aclara el enigma: "Vea, doctor—dice al profesor hispano—: aquí no hay costumbre de poner en tales trances a los asistentes a una clase universitaria, y por eso se han marchado." Se fijó un anuncio: "El profesor tal se abstendrá en lo sucesivo de interrogar a sus oyentes." Volvió el público.

Pues eso es lo que pasó después del 14 de abril. Pasear festivamente por las calles es grato, sobre todo en primavera. La sensación de creer que se realizan grandes cosas sin gasto ni esfuerzo infla el entusiasmo popular. Todos hermanos para no hacer sino gestos. Ahora bien: la vida en común es algo más arduo. Hay que contestar, hay que comprometerse. Pues entonces no jugamos más; nos enojamos. Adiós. Además, te echo la culpa de ser yo incapaz de contestarte a lo que me preguntas, para mi provecho en último término.

El libro de Madariaga está henchido de excelentes observaciones: sobre la lucha de clases, finanzas, educación nacional, la vergüenza del libro de texto con comisión para el catedrático, la peste de la cuerpocracia (un hallazgo verbal lo de beniagrónomos, benimaestros, benitelegrafistas, etc.); en suma, cabilismo. Este volumen debe ser leído y discutido con el mismo alto propósito que el autor ha llevado a sus páginas.

EDITOR: J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí*.

Representante en Hispanoamérica: Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Otro ensayo de terapéutica nacional

Por AMERICO CASTRO

= De *El Sol*.—Madrid =

El libro de Salvador de Madariaga "Anarquía o jerarquía" es un punto más en la larga línea de ensayos acerca del mal de España. Todo musulmán, como Alá manda, cumple una vez con el deber de visitar la Meca y Medina; el español que escribe por íntima vocación, acaba fatalmente por componer un escrito ritual, consagrado al análisis y tratamiento de las dolencias nacionales. Sólo conozco dos pueblos europeos que cedan al prurito irresistible de mostrar la angustia que les estruja el alma: España y Rusia. Por el momento ignoro lo que escriban libremente los actuales moscovitas. Mas antes de la Revolución, ciertos rusos de primera clase hablaron de su país con un ánimo parecido al del asceta que se flagela.

He aquí alguna muestra: "Nuestra vida social es muy triste. La falta de opinión pública, la indiferencia ante toda acción, ante la justicia y la verdad; el desprecio cínico del pensamiento y de la dignidad humana, producen verdadera desesperación". (A. Puschkin.) "Mientras vivimos en París nos proponemos decir esto y aquello, y hasta hacerlo; ya cerca de la frontera, se acabó el calor; un poco más lejos, los sentimientos han cambiado mucho; llegados a Petrogrado, después de poner los pies en palacio, sentimos una especie de temblor tan vil en las venas, que se acabó todo." (Tolstoy.) "Por mucho que Sstaiulevich, Gradovsky y Kraievski afirmen que somos Europa, en Europa nadie nos toma por europeos." (F. Dostoievsky.) "Otros han gritado más que nosotros, y sin embargo, no han hecho bien alguno con la pluma. No conseguiremos que disminuya el número de los necios, y sólo cansaremos a las personas inteligentes." (N. Nekrasov.) "La cultura no ha prendido en nosotros; no hemos obtenido de ella más que afectación." (Puschkin.) Y así sucesivamente. En Fernán Pérez de Guzmán, Juan Martí, Quevedo, Gracián, Jovellanos, Larra, Cadalso, Costa, y en muchos más pudieran espigarse frases de tono similar.

El complacerse así en notar lo que es o parece propia deficiencia, quién sabe si no es eco de enquistadas actitudes religiosas, voces de un ascetismo ya sumergido, que se goza en las **lacrimae rerum**: dervichismo, cofradías de disciplinantes, aisaguas y jamachas marroquíes, etc.

El hombre pasivo, que se limita a andar al hilo del mundo que lo cerca o a exprimirlo en su provecho, calla y soporta un destino, del cual apenas tiene conciencia. Pero quienes, instigados por el exceso de vitalidad o por la inquietud moral, pretenden cambiar en algo los horizontes de la vida al uso, ésos empiezan a darse cuenta entonces de la prisión en que moran; la cuerda, aunque larguita, llega un punto en que les hace dar de bruces; si la rompen, es igual, porque las sendas se pierden en selvas impenetrables. Y entonces el ingenuo inquieto se encuclilla, se sienta, se tumba o se pone de hinojos, y entona la salmodia del descontento o el cántico del visionario, sueña en una mágica Sión y tañe trompetas que no derriban muro alguno.



Salvador de Madariaga
Dibujo de *Juan Carlos Huergo*.

Los valores y maravillas de nuestra civilización son inseparables de ciertas particularidades que llevan a diferencias hondas respecto de otros pueblos y a terribles fallas que dificultan el avance, en cualquier sentido que proponga el sugeridor de iniciativas. Sólo el vuelo artístico ha solido alcanzar plenamente sus objetivos. Cuando llega a este punto en su meditar, el observador se obsesiona, gira febril dentro de la jaula y endilga su libro hispánico henchido de planes reformistas. Los impacientes y violentos creen, en cambio, que la salvación vendría tras una cura de sangre y fuego.

Característica española, no es tanto que el país sea objetivamente de esta o la otra manera, como esa disconformidad secular consigo mismo, que existía incluso en los tiempos del imperio mayor de España. Los más claros varones pensaron siempre en que había que mudar la estructura del país, de cuya historia es rasgo esencial el existir hendido, la disociación íntima de quienes, sintiéndose de veras españoles, y habiendo contribuído a menudo a que España logre resultados espléndidos, sienten al mismo tiempo que junta ellos las máquinas decisivas carecen de ciertas piezas esenciales.

Prescindiendo ahora de que el libro de Madariaga encierre o no la panacea de tantos males, yo lo juzgo un noble ensayo y celebro su intento de crear armonías y de no ahondar los abismos. Puede ser que su afán de templanza le haga caer en alguna inexactitud injusta: "Los colegios eclesiásticos eran en general menos malos que los Institutos del Estado, aun hoy, a los tres años de República, detestables." Esto es una afirmación excesiva e inexacta, que no voy a discutir en detalle. Lo que hay que subravar es la orientación del estudio de Madariaga, ancha, nacional; su enlace con la tendencia de quienes predican, desde Giner, que el toque está en modificar las almas y no en hacer prosa desde la "Gaceta": "El suelo español, en verano, reseco y requemado, se agrieta y resquebraja. Pues bien: en la psicología española, seca y requemada, por faltarle el agua de la solidaridad y sobrarle el fuego de la pasión, se abren también estas grietas de separatismo. Nacen del temperamento: ni una razón, ni una emoción fundada pueden explicarlas. Son algo más hondo, que sólo **una educación del alma** puede ir corrigiendo gradualmente." Lo grave para el gobernante o para el director de almas es combinar esto con un sistema de incentivos y atracciones. El español medio, de suyo, tiende a hacer poco. Reflejo de ello es el sabotaje de lo público, que Madariaga describe muy eficazmente. Mas si de dentro no sale el gusto para hacer nuevas y perfectas cosas, ¿cómo diablos vamos a conseguir galvanizar desde fuera a unos organismos que se cansan aun antes de haberse puesto a la faena? El organizar ceremonias públicas, actos de coincidencia, es algo que ya preocupaba a Jovellanos. Lo malo es que el español siente horror de todo lo que huele a pedagogía. No obstante, en nuestros años hemos visto nacer las excursiones escolares en grupo y marchar a las gentes a solazarse en los campos, con fines deportivos o meramente contemplativos. No, no rechacemos ni la ceremonia ni el espectáculo públicos, ni nada que se

(Pasa á la página anterior)

Imprenta «LA TRIBUNA»